



Precio en Madrid, por un año. . . . .  
Id. en provincia enviándose por el correo.

40 rs.  
50r

Paris: librería española, de Mellado, rue Pavée St. André, núm. 3.  
REDACCION: C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.  
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

## SUMARIO.

**ARTÍCULOS.** Baile del ayuntamiento de Bruselas.—Madrid al anocheecer, poesía por don Esteban Garrido.—Nociones sobre la bella literatura, por don I. A. Bermejo. Conclusion.—El reino de Dahomey. (Continuación).—La estatua de nieve, cuento.—Juan Sebastian del Cano. (Conclusion).—Ayer, hoy y mañana, por don A. Flores.  
**GRABADOS.** Baile del ayuntamiento de Bruselas.—Guezo, rey de Dahomey.—Instrumentos de música guerrera.—La reina favorita de Abomé.—Prisioneros de guerra—aguardando su suplicio.—Mehou, primer ministro, y su madre en traje de ceremonia.—Ayer, hoy y mañana, cuatro grabados.

### Baile del ayuntamiento de Bruselas.

Sabidos es que el senado de Paris ha celebrado un gran baile en obsequio á la emperatriz de los franceses, y los periódicos anuncian que la emperatriz dará otro en obsequio al senado. El ayuntamiento de Bruselas ha ofrecido recientemente otro baile á la familia real belga en ocasion de la mayoría del principe real. Vemos, por lo tanto, que á pesar de la agitacion que reina en el mundo político europeo, no falta espacio para distraerse. Nosotros, poco dados á la política, hablaremos tambien de baile mas que de política, lo cual es mas ameno y entretenido y menos espuesto.

Los festejos celebrados por la ciudad de Bruselas con motivo de la mayoría del principe real, han tenido la animacion que todos esperaban. Solo el tiempo ha sido triste y sombrío; pero el entusiasmo ha reemplazado al sol.

No es nuestro propósito hablar aqui de todas las ceremonias á que ha dado lugar este aniversario tan feliz para el porvenir del pueblo belga. El principe fué instalado en el senado segun las fórmulas establecidas; pronunció un discurso que fué acaloradamente aplaudido, en contestacion á una alocucion muy firme y muy notable del principe de Ligne. El senado y la cámara fueron recibidos en seguida en el palacio, donde el rey pronunció palabras que quedarán señaladas como un verdadero acontecimiento en los anales de este jóven pais que llega á la edad viril con una serenidad que desafía todas las incertidumbres del tiempo.

S. M. y los principes asistieron á la inauguracion de muchos trabajos públicos de la mayor importancia para la capital. Por la noche hubo funciones en todos los teatros, y ultimamente se celebró un baile en la casa de ayuntamiento, del cual acompañamos un grabado; baile que ha igualado en magnificencia á todo lo que se ha visto de mas espléndido en materia de bailes en Bruselas.

Los salones ordinarios de la casa de ayuntamiento, siendo evidentemente demasiado pequeños para contener las cuatro mil

personas invitadas al festejo, se ha encargado Mr. Poelaert de añadir á ellos una sala tan vasta como todas las demas juntas. El arquitecto tomó el inmenso patio del edificio, en cuyo espacio hizo en poco tiempo el salón que hemos indicado.

Este edificio se enorgullecía hacia muchos años con una sala que poseia, llamada gótica, especie de ancho colador rodeado de arcadas ogivales, y cubierto de un cielo raso con vigas pintadas de azul y sembradas de estrellas. Pedestales de madera sostenian á lo largo de las paredes las estatuas de piedra de los antiguos duques de Brabante. En cada festejo, á fuerza de accesorios, planos, armaduras y banderas se conseguia hacer alguna cosa de este recinto; pero Mr. Poelaert lo ha terminado para siempre, haciéndole gótico á su vez y sobre una inmensa escalera.

Su nueva sala tiene 27 metros de longitud sobre 18 de latitud y de altura. Está concebida bajo la forma de aquel ad-

mirable estilo de los palacios que los Tudores han legado á la Gran Bretaña, y que produjo á Westminster. La sala, vista de día, se parece á la cámara de los lores; no faltan allí mas que las esculturas de los nobles oradores de la antigua aristocracia británica; pero á pesar de todo, se siente el perfume de los antiguos recuerdos de las grandes y sabias tradiciones nacionales.

La bóveda, tan alta como espaciosa, contiene en todos sus extremos los nombres de todos los gloriosos comunes de la Bélgica. Los antiguos duques brabanzones y los condes flamencos se destacan allí sobre un fondo de oro, y recuerdan las mas bellas tapicerías antiguas. Debajo de estos cuadros, grandes estatuas doradas recuerdan otras glorias guerreras ó pacíficas. En una palabra, estas bóvedas son todo el pasado gótico y libre de las provincias belgas, resucitado por el genio de un artista. Hasta aquí la sala no es mas que una lección histórica. Pero los canastos cargados de flores que cercan los pilares, los divanes que reemplazan á las sillas mas elegantes, las antorchas de gas que alumbran por todas partes, y las pirámides de bugías que arden en las arañas góticas, son una cosa sorprendente; en fin, lo que parecia ser el teatro magestuoso de un parlamento de sabios, ha venido á ser bajo la llama ardiente y loca de una música sonora y bulliciosa, el asilo encantador de todas las alegrías y de todos los regocijos de un baile.

Todos los ornamentos de las paredes están pintados con una riqueza extraordinaria. La vista se pierde en las mil fantasías con las cuales el artista ha enriquecido su obra.

El trono está colocado á un extremo de la sala. Tiene encima un dosel gótico adornado de ogivas doradas y perfectamente esculpidas. En frente de este trono hay un inmenso espejo cuadrado donde refleja toda la animacion y toda la espléndida decoracion del baile. He aquí nada mas que un simple bosquejo de este salón.

Ocioso es decir que todas las notabilidades de todos géneros se encontraban en esta fiesta espléndida. El rey y los principes entraron allí á las diez y media, conducidos por monsieur Charles de Brouckere, burgo-maestre, Poelaert, arquitecto, y todo el consejo comunal.

El rey vestia el uniforme de capitán general, y llevaba el gran cordón de su orden. El duque de Brabante, como senador, con el gran cordón de la orden de Leopoldo y las placas de San Huberto de Baviera, del Serafin de Dinamarca, de la orden de Sajonia y de la orden de Leopoldo. El conde de Flandes llevaba el uniforme de mayor de los guardias. La princesa Carlota iba toda de blanco, y su traje cubierto de preciosos diamantes.

Todos los oficiales de la casa civil y militar del rey y de los principes los seguian. La jóven princesa llevaba por compañe-



Baile dado por el ayuntamiento de Bruselas.



ra á la encantadora condesa de Grana, nacida condesa de Bibeaucourt, su nueva dama de honor.

El rey se sentó sobre su trono, teniendo á su derecha á S. A. R. la infanta Isabel de Borbon, y á su izquierda á la princesa Carlota. S. M. y los príncipes hablaban con la duquesa de Aremburg, la princesa de Ligne, la princesa de Chimay y las damas del cuerpo diplomático que se encontraban allí tambien.

Los presidentes y los miembros de las dos cámaras, todos los grandes artistas del país, en una palabra, todo lo que la capital encierra de rico, de poderoso y distinguido, estaba en este baile en traje de corte bordado. Allí estaba tambien Mr. Alejandro Dumas, cuyo original tocado no dejaba de hacer su efecto.

Los príncipes han figurado en una contradanza: el duque de Brabante con la infanta de España; el conde de Flandes con la princesa de Ligne. El rey se retiró á las doce, y los príncipes no se fueron hasta que dieron las dos.

El recuerdo de esta brillante fiesta quedará mucho tiempo en todos los corazones. Se tendrá un vivo y justo reconocimiento por Mr. Poelaert, que ha dotado al mundo de una obra maestra, pero ¡ay! efímera; por Mr. de Broekere, el magistrado, cuya infatigable actividad ha rayado en prodigio; por Mrs. de Dekeyn, que han construido la sala; Mrs. Stallaert, Fiberghe y Vilbraut, que han pintado los lienzos históricos, y la fecha memorable del 9 de abril será consagrada mas de una vez en la historia, como lo son todas las fechas de nuestra época, por una grande y espléndida obra del arte.

L. H.

### Madrid al anocheecer,

Cuando el rubicundo Febo  
(y vaya un golpe de Góngora)  
con el gorro de dormir  
cubre la melena blonda:

O mas bien, como diria  
un vate de brocha gorda,  
cuando el sol se vá, y quedamos  
sin sol sin luz y sin moscas,

La corte de las Españas  
presta materia y no poca,  
para que hagan los curiosos  
observaciones curiosas.

Si yo tuviera en el alma  
mas frescura y menos prosa,  
esplotaria las nubes  
que el sol de Ocaso colora,

Y con la grana y el oro  
que hay en las nubes de sopra,  
haria de este Romance  
una nueva California.

Pero á riquezas tan altas  
no llega mi vista corta,  
y es pedir peras al olmo,  
pedirme á mi que las coja.

No hayas miedo, por lo tanto,  
lector, de que te corrompa  
con imágenes de lujo,  
entre discretas y tontas;

Que de achaque de metáforas  
yo no entiendo ni una jota,  
ni amalgamarse con ellas  
puede mi musa ramplona.

Por eso, cuando á Madrid  
van descendiendo las sombras,  
suelo yo ver que anochece...  
y aqui paz, y despues gloria.

A lo sumo, en tal período  
me acomete una modorra,  
hija de las ilusiones  
que el alma perdidas llora.

Y mientras que unos se duermen  
y otros pegan con la sopa,  
comprendo yo ajenas dichas,  
repasando penas propias.

¡Felices los pobres-diablos  
que en su cerebro atesoran,  
en cambio de realidades,  
sueños de color de rosa!...

La voz del escarolero  
que vende *apio y escarola*  
es para ellos un arrullo  
de influencia bienhechora.

Al par que ataca á los nervios,  
y los tímpanos destroza  
de los que viven rumiando  
una desdicha tras otra!

Pero este mundo es así,  
y ya que dice un axioma,  
que es una bola este mundo,  
bueno vá, y rueda la bola.

En tanto, pues que anochece,  
y hoy por hoy, esa es mi hora,  
pláceme dar por Madrid  
una vuelta á la redonda.

En el siglo Diez y Nueve  
en que hay gas, y en que hay farolas,  
la corte de las Españas  
es en la esencia y la forma,

Distinta de lo que fué  
en tiempos, en que eran moda  
las calzas y los gregüescos,  
el chámbergo y la tizona.

Ya nadie obsequia á su dama  
con serénatas y trobas,  
ni hay quien ande á cincarazos,  
sobre si estorba ó le estorban.

Si se riñe, es á navaja,  
entre hombres de mala estofa,

y por cuestiones que tienen  
poco de caballerosas.

Ya nadie pierde su tiempo  
esperando á ver si asoma  
por las barras de una reja  
el rostro de su señora.

El amor en este siglo  
suele caminar en posta,  
sin que le sirvan de obstáculo  
ni el pudor, ni dueñas cócoras.

Si algun padre lleva á mal  
el que su hija haga la tórtola  
con un don Juan sin trabillas,  
imberbe y de capa corta,

Pone ella el grito en el cielo,  
finge angustias y congojas,  
y si falla este expediente  
apela á una escapatoria.

Las mugeres cortesanías,  
en vez de mantos y tocas,  
ostentan sus atractivos  
al través de ricas blondas,

Y es de ver cuando anochece  
cómo van, vienen y tornan,  
provocando de palabra  
y hasta insinuándose de obra.

A los antiguos corchetes,  
de quienes la fama póstuma  
cuenta que á las Mesalinas  
solian echar la rosca,

Han sucedido unos prógimos  
que, tocante á tales prógimas,  
no se sabe si vigilan  
de ellas en favor, ó en contra.

Al acabarse el crepúsculo,  
y en época no remota,  
dabanse en Madrid las gentes  
al reposo casi todas,

Despues de rezar en casa  
el rosario, las devotas,  
y de cenar mucho y bien,  
aquellas que eran gastronomas:

Hoy, empero, con la noche  
Madrid nueva vida cobra,  
y vomita transeúntes,  
de sus entrañas mas hongas.

La caterva de empleados  
que de día se apoltran,  
asiéndose á un expediente  
como á un peñasco las ostras,

Asi que la noche llega  
van saliendo de sus conchas,  
ganosos de echar un párrafo,  
y de jolgorio y de broma.

De las tiendas de modistas  
salen tambien presurosas,  
enjambres de costureras,  
tan lindas, tan retozonas,

Que pudieran ser retratos,  
si se quitaran las cocas,  
tal vez de las once mil...  
poniendo en mil punto y coma.

En cada esquina hay diez mirlos  
de calañes ó de gorra,  
que, silvando, paralizan  
en las casas las escobas.

Por las calles, por las plazas,  
por el Prado, por la ronda,  
cruzan coches de alquiler  
de los de á tanto por hora,

Cargados unos de amor  
y otros cargados de crónicas,  
reducidas al quietismo  
por el tiempo ó por la gota.

En los mas de los cales,  
bullen cientos de personas,  
que alborotan y no beben,  
ó que beben y alborotan,

Al paso que en las tabernas  
otra hueste numerosa,  
bebe vino y se emborracha  
y anda en continuas camorras.

Los profesores de *murga*,  
esa maldecida tropa  
que al par que mata soplando  
vive ella de lo que sopla,

Con su bombo y con su fígle  
atarden al *Sursum-corda*,  
y no hay tímpano que aguante  
sus encerradas sonorías.

Entretanto, no se duermen  
los tentadores de bolsas,  
y de sus tientos es víctima  
el que no es lince ó se emboba.

Por aqui pasan dos ciegos  
que al son de vihuelas roncás,  
tan pronto entonan los kyries  
como las mas verdes coplas.

Mas allá se vé una dama,  
que entre confusa y llorosa,  
de los fieles de ambos sexos  
la filantropía implora,

Y la cual vive, triunfando  
con parte de las limosnas,  
en compañía de un primo,  
dos criados y una mona.

Y entre las gentes que salen  
para diligencias propias,  
las que vuelven de paseo,  
y las que trotan y trotan

De tienda en tienda, mirando  
objetos que nunca compran,  
suele armarse tal barullo,  
tal zambra y tal batahola,

Que la coronada villa  
se convierte en Babilonia,

y las gentes no se entienden  
aunque hablen el mismo idioma.

Por eso, cuando á Madrid  
van descendiendo las sombras,  
lo que es cierto, es que anochece...  
y aqui paz, y despues gloria.

ESTEBAN GARRIDO.

### ¡Vaya un sacristán!

En el *Courrier de la Gironde*, periódico de Burdeos, leemos la siguiente anécdota que demuestra que hay gatos que saben á las mil maravillas la gramática parda.

Dice así el periódico:

En un colegio de Burdeos hay la costumbre de anunciar la hora de la comida por medio de una campana, y nadie, ni profesores, ni discípulos, ni criados, desconocen aquellos acentos metálicos que tan dulcemente resuenan en sus oídos. Un vetusto marraquiza, sobre cuya piel se pueden contar tantos pelos como años, es el comensal indefectible de aquella corporación, y apenas escucha el primer tañido de la bienhechora campana, sacude la pereza para ir á tomar su parte en el festín.

Hace pocos dias que este gato había sido por olvido encerrado en un cuarto atestado de libretos y manuscritos. Dormía tranquilamente sobre un diccionario griego francés, cuando el ruido de la campana le sacó de su letargo, recordándole las exigencias del estómago. Dió un salto y buscó una salida, pero inútilmente; la puerta se presentaba cerrada en toda su espantosa integridad.

Imaginése el lector qué dolorosos maullidos y que fervorosas maldiciones exhalaría el mizifuz en su impotente cólera.

Dos horas despues vinieron á sacarle de su encierro. ¡Ser libre y morir! dijo un patriota... pero nuestro gato, menos entusiasta si se quiere, dijo para sí: «¡Ser libre y comer!»

Pero ¿cómo componerse? Mas de un célebre diplomático se hubiera atascado ante la difícil cuestión que nuestro cuadrúpedo tenía que resolver.

Los discípulos acababan de terminar sus juegos para volver al aula, cuando oyeron el tañido de la campana que les llamaba á la mesa, y sin embargo apenas hacia dos horas que se habían levantado de ella.

Un profesor fué el encargado de aclarar el misterio. Fuese derecho á la campana dispuesto á echar una buena peluca al imprudente que se atrevía de aquella manera á despertar el apetito de los pupilos, atentando contra la economía del establecimiento. Pero ¡cuál fué su sorpresa al encontrarse con el gato suspendido de la cuerda de la campana y dando saltos á mas y mejor para hacerla sonar!

El pobre animal había supuesto que en honor suyo se serviría una segunda comida, y había creído que esta era una consecuencia necesaria del toque. ¿Quién había de pensar que un gato por mas que estuviere educado en un colegio, hubiese de saber tanta gramática?

COSECHAS. De Alcira, pueblo de la provincia de Valencia, escriben lo siguiente:

La cosecha de la seda presenta buen aspecto, pues la avivación de los gusanos en esta ribera es completa, y la hoja de morera está bien desarrollada, tal vez demasiado adelantada, para el estado de los gusanos, pero de todos modos, como no corre ya peligro de que se hiele, se espera buena cosecha si el tiempo sigue como al presente.

La cosecha de trigo, aunque insignificante en este país, tambien presenta buen aspecto, y para la del arroz, que es la principal, se están preparando las tierras.

### Nociones acerca de la bella literatura en general.

(Conclusion).

*Division de la retórica.*—Toda proposición tiene necesariamente un pensamiento y palabras. Si la proposición es corta, acaso sean suficientes este pensamiento y estas palabras, pero si es un poco estensa, exigirá mas; en su consecuencia importa saber, no solo lo que se debe decir y cómo, sino tambien en que lugar. De aqui las tres partes en que se divide la retórica: *invención*, *disposición* y *locución*; estas tres partes se añade otra; la *acción*, que aunque independiente de la elocuencia, no deja de ser necesaria al orador: encierra esta última parte, la pronunciación, la memoria y el gesto.

PRIMERA PARTE.—De la *invención*.—La invención consiste en hallar los medios de llegar á la persuasión por la verdad. Ademas, el alma es la inteligente y sensible, y para persuadir es necesario *probar*, *agradar* y *conmover*. *Ad id spectare debet eloquentia*, dice San Agustín.

*Ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moveat.*

«Hablar bien, dice un célebre retórico, es á un mismo tiempo, pensar bien y sentir bien.» El objeto que se propone la invención es el encontrar *ideas*, *imágenes* y *sentimientos*, y á esta triple distinción corresponden en la retórica antigua, los *argumentos*, las *costumbres* y las *pasiones*. Los argumentos pertenecen al dominio de la lógica y sirven para establecer las pruebas; y las pasiones son los resortes que producen el amor ó el odio, y los sentimientos que dependen de ambas cosas. Acerca de las costumbres es preciso observar, que ningún retórico moderno, ha definido esta palabra, y que no presenta un sentido claro, ni explica la relación que pueda existir entre lo que se llama *costumbres*, y aquella parte de la invención que consiste en *agradar*. El mismo Quintiliano, no da una explicación satisfactoria acerca de esta palabra: los retóricos modernos, despues que dicen que se agrada por me-



dio de las costumbres, añaden que las costumbres, consisten en la *probidad*, la *modestia*, la *benevolencia* y la *prudencia*; pero no se han tomado el trabajo de averiguar el verdadero sentido de esta palabra.

**SEGUNDA PARTE. De la disposición.** Todo discurso debe tener un principio, un medio y un fin. Es menester que los pensamientos estén ligados entre sí en una exacta proporción, como las partes de un edificio formado. Sin orden no hay unidad, y sin unidad no hay claridad ni belleza, ni estilo. Lo que caracteriza a los buenos escritores, según la expresión de San Agustín, es la tranquilidad del orden. «Así, dice Quintiliano, separo el sentimiento de aquellos que creen que el orden es la condición de la existencia del mundo, y que si este orden se llegara a turbar, todo perecería. Lo mismo, un discurso privado de esta cualidad, está condenado a precipitarse, y a bogar como una nave sin timón; el orador, no sabiendo ni de dónde viene, ni hacia donde va, se separa de su camino, como un viajero errante en noche oscura y en sitios desconocidos, sin otro guía que la casualidad.» La falta de orden proviene de que no se ha meditado bastante el asunto o de que no se poseen todos los conocimientos que exige.

Los retóricos dividen en seis partes el discurso oratorio; no porque entren todas en él, ni siempre esencialmente, sino porque pueden entrar, a saber: el exordio, la proposición, la narración, la prueba o confirmación, la refutación y la peroración.

**Del exordio.** El exordio tiene por objeto, preparar a los oyentes acerca de lo que les quiere decir, y de conciliar su benevolencia y atención. Varía según la naturaleza del asunto; tanto en el estilo como en la extensión que se le debe dar. Lo que es necesario considerar bien en esta primera parte del discurso, es que sea únicamente una especie de preludio, que no pueda contener más que la idea general del asunto de que se va a tratar.

**De la proposición.** La proposición es la exposición del asunto, o en otros términos, el compendio del discurso. Hay autores, que al hablar de la elocuencia, desaprueban con razón el método de las divisiones. Con efecto, una división implica la idea de un asunto múltiple; además, anunciar un asunto múltiple, es anunciar muchos asuntos, y por consiguiente muchos discursos. Se debe, pues, preferir a la división, el orden prescrito por Cicerón, aquel orden que, por el encadenamiento de las pruebas y la progresión de las ideas, conduce al oyente al fin sin que lo haya conocido.

La proposición debe ser clara, pues nada sería más inconsecuente que manifestarse oscuro en la parte destinada a aclarar las otras: en segundo lugar, debe ser corta y precisa, pues se trata; no de explicar lo que se dice; sino lo que ha de decirse.

**De la narración.** La narración es la exposición del hecho y debe, como la proposición, y por iguales razones, ser clara y corta.

**De la prueba o confirmación.** El orden natural exige que la confirmación, siga a la narración, pues no se refiere un hecho más que para probarlo. La confirmación consiste en establecer los medios sobre los cuales se apoya, en demostrar la verdad anunciada en la proposición.

**De la refutación.** La refutación consiste en destruir los medios contrarios a los nuestros, bien demostrando la falsedad de los principios en que el adversario funda sus pruebas; bien probando que de principios verdaderos ha sacado consecuencias falsas.

**De la peroración.** La peroración es la conclusión del discurso, y como tal, tiene una grande importancia, pues la impresión de lo que últimamente se ha dicho es siempre la más fuerte y la más duradera. Tiene dos objetos que llenar: 1.º, resumir los principios medios; 2.º, acabar la peroración escitando en el alma las emociones propias al asunto de que se trata.

**TERCERA PARTE. De la elocuencia.** La elocuencia es la tercera parte de la retórica que trata del estilo y de las figuras.

**Del estilo.** Distinguese en el estilo las *cualidades generales* y las *cualidades particulares*. Las cualidades generales son esencialmente invariables, sea cualquiera el objeto de que se trate; las cualidades particulares venían según la diferencia de los asuntos.

**Cualidades generales del estilo.**—Las cualidades generales del estilo son la pureza, la claridad, la precisión, la naturalidad y la nobleza.

I. **La pureza** consiste en expresarse correctamente. «Para asegurarnos de que una expresión es pura, dice Herosilla (arte de hablar en prosa y verso), debemos examinar cada palabra de por sí, y su combinación cuando hay varias; o lo que es lo mismo, para que una expresión sea pura, es necesario que lo sean los términos de que conste, y la manera de combinarlos o su construcción, y que en esta y en las acepciones de aquellos se huya de todo neologismo.

II. **La claridad** es la única cualidad que puede apurarse, sin que nunca aparezca el escritor escusivo, porque la claridad es el carácter distintivo de la fuerza del entendimiento. Según el retórico Sánchez, a la claridad se oponen los términos vagos o que no presentan una idea fija; los oscuros o que provienen de la confusión de las relaciones, los equivocados, los incidentes complicados, el amontonamiento de períodos o muchas ideas intermedias que ahogan la principal.

III. **La precisión** consiste en expresar un pensamiento, una idea con las menos palabras posibles. Al estilo preciso se opone el estilo *difuso*, que consiste en decir poco con muchas palabras. Sin embargo, no excluye la riqueza ni la elegancia; antes bien contribuye maravillosamente a hacer la idea más luminosa, la imagen más viva, el sentimiento más natural y más energética la pasión.

En la oda del *Tajo* de Fr. Luis de León encontramos un maravilloso ejemplo de precisión.

Cubre la gente el suelo,  
Debajo de las velas desaparece  
La mar; la voz al cielo  
Confusa y varia crece  
El polvo roba el día y le oscurece, etc.

¿Cuánto no hubiera dicho otro poeta de menos ingenio que Fr. Luis de León, para describir el número infinito de hombres que venían contra Rodrigo, y las muchas naves que

aparecían en la mar? Procuremos no confundir la precisión con la *concisión*, cualidad particular que afecta el desarrollo del pensamiento general, y llega a ser un defecto, cuando aquel degenera en laconismo y sequedad.

La *naturalidad* es, como la claridad, uno de los caracteres distintivos de la fuerza del genio, y con mucha razón se dice que el mejor libro es aquel que cada uno cree que hubiera podido componer.

La *nobleza* consiste en evitar las imágenes vulgares y los términos bajos.

**Cualidades particulares del estilo.** Los antiguos distinguieron tres géneros principales de estilo: estilo llano, estilo mediano y estilo sublime. Esta división aunque nada tiene de pedantesca, es inútil, porque no solamente los asuntos son de diversa naturaleza, sino además se sabe, que entre las partes de un mismo asunto, hay diferencias que exigen variedad en el estilo. La *conveniencia* es, pues, la regla que debe guiar al escritor en la elección del estilo particular que pida el asunto.

**De las figuras.** Las figuras son las diferentes formas del pensamiento. El arte tiene por fundamento la naturaleza; pero si el arte no se separase hasta cierto punto de la naturaleza común y ordinaria, ¿de qué serviría el arte? Quintiliano, con su acostumbrado juicio y buen sentido, ha sabido decir que es lo que constituye la identidad y la diferencia de la naturaleza y el arte, expresando que lo que se llama *figura* es una forma de *estilo*, donde entra un poco de arte, y que por eso deja de ser común. No se trata de las figuras del lenguaje ordinario, sino de las figuras de la elocuencia, que aunque fundada en la naturaleza, no es el lenguaje común.

Hemos dicho que las figuras son las formas. Se conocen dos especies de figuras: las *figuras de pensamiento*, y las *figuras de palabras*. Las primeras son aquellas que consisten esencialmente en la forma del pensamiento: estas figuras no existen ni por las palabras ni por la construcción de la frase. Se pueden cambiar todas las palabras de que se componen, y hasta traducirlas a todas las lenguas sin desnaturalizarlas. Las *figuras de palabras* al contrario, consisten esencialmente en las palabras, de suerte que si esta se cambia, desaparece la figura. Estas figuras se subdividen en *figuras de palabras propiamente dichas* y en *tropos*. Las *figuras de palabras propiamente dichas* dejan a las palabras su ordinaria significación, y mas gramaticales que oratorias. Los *tropos* cambian la significación de las palabras, y son llamados así porque provienen del verso griego *tropo*, que significa cambiar.

**De las figuras de pensamiento.** Las principales figuras del pensamiento son:

I. **La exclamación**, expresión que manifiesta una emoción tan fuerte como súbita. Ejemplos:

en un temblor que agitó  
las tierras circunvecinas  
su torre se desplomó;  
y Hernán Arias pereció  
sepultado entre sus ruinas.  
¡Desventurado Hernán Arias!  
¡las estrellas tan contrarias  
le fueron en paz y en guerra,  
que hasta se le abrió la tierra  
sin exequias funerarias!

(ZORRILLA.—Guerras de Granada).

..... tú en otros días,  
Con victorioso patriotismo bellos;  
De gloria ornada y esplendor te vias,  
¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?

(QUINTANA.—Poesía a Guzmán el Bueno).

II. **El apóstrofe**, «El alma agitada por una violenta pasión, o sumergida en un delirio profundo, dice Sánchez, semejante a los sueños; salva las distancias, abre las tumbas, vuelve la vida a los muertos, y los habla como si vivos y presentes nos escuchasen.» Ejemplo:

«Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos; estrella de mi ventura! Así el cielo te la dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y estado a que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que a mí se le debe.»

(CERVANTES.—Quijote).

III. **Interrogación**, que anima el discurso especialmente en las situaciones apasionadas. Ejemplo:

¿Quién sin patria es feliz, aunque opulento  
Nada en fortuna y en poder y en oro,  
Y eterna aclamación dó quier le siga?  
¿Que le puede valer débil contento  
Que no enjuga jamás de un triste lloro?  
¿Qué le sirve el placer que le mitiga  
Pasajeros dolores,  
Sin el suelo gozar donde vió el día?  
¿Qué valen los honores?  
¿Que le valen riquezas a porfía,  
Si no ve conmovido,  
Su clauda cuna, ni su hogar querido?

(ESPRONCEDA.—Poesía inédita).

IV. **La prosopopeya o personificación**, que hace hablar a los ausentes, al cielo o la tierra, a los seres insensibles, reales, abstractos, imaginarios y algunas veces hasta a los muertos. Ejemplo:

Fuego arrojó su fulminante acero:  
Venganza y guerra resonó en su tumba:  
Venganza y guerra repitió Moncayo:  
Y al grito heroico que en los aires zumba:  
Venganza y guerra claman Turia y Duero,  
Guadalquivir sañudo  
Torna al bélico son la región frente,  
Y del Patron valiente

Blandiendo altivo la nudosa lanza,  
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!

(NICASIO GALLEGU).

V. **La ironía**, que dice lo contrario de lo que se piensa y de lo que se quiere hacer entender. Esta figura se presta a todo género de sentimientos. Ejemplo:

FAC. Señor marqués, desde hoy  
principia vd. a ser grande.  
MARQ. Y a vd., ¿qué tal va de asedio.....  
dicen que el papel bajó.....  
¿eh?... ¡la baja le pillo?.....  
FAC. Si señor, de medio a medio.  
MARQ. ¡Por vida!..... con que la caja  
¿se quedó sin numerario?  
FAC. ¡Que!... no señor; al contrario,  
si ahora jugaba a la baja.

(RUIZ.—Arte de hacer fortuna).

VI. **La hipérbole**, que traspasa los límites de la verdad, para que el entendimiento la comprenda mas. Esta figura se acomoda mas bien con el estilo festivo que con otro alguno.

VII. **La antítesis**, que opone las palabras a las palabras, los pensamientos a los pensamientos. Ejemplo:

«Yo velo cuando tú duermes; yo lloro cuando tú cantas; yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto.»

(CERVANTES.—Quijote).

VIII. **La suspensión**, que sirve para llamar la atención de oyente en medio de su incertidumbre.

IX. **La preterición o preterición**, que consiste en pasar en silencio lo que sin embargo, se dice, pero en pocas palabras. Ejemplo:

«Permitid, romanos, que al llegar a este punto haga yo lo que los poetas que celebran nuestras hazañas, y pase en silencio nuestra derrota, la cual fué tan grande que llegó a los oídos de Lúculo, no por algun aviso que recibiese del ejército, sino por el público rumor que circulaba en las conversaciones.»

(CICERÓN, pro lege Manilia).

X. **La corrección**, por la cual el orador se reprende a sí mismo para dar mas fuerza a su pensamiento. Ejemplo:

«Quiero que sepas, que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfectos caballeros andantes: no he dicho bien fue uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo.»

(CERVANTES.—Quijote).

XI. **La reticencia**, que deteniéndose de pronto y pasando a otra idea, da a entender mas que si la hubiese explicado.

Las demás figuras de pensamiento enumeradas por los retóricos, o entran en estas o forman parte de los infinitos adornos con que puede revestirse el estilo, y propiamente hablando, creo que no merecen el nombre de figuras.

**De las figuras de palabras propiamente dichas.**—Estas consisten únicamente en el efecto producido por la repetición o la supresión de una palabra.

**De los tropos.** Los principales tropos son la metáfora, la alegoría, la sinedoque y la metonimia.

I. **La metáfora** es una figura por la cual trasportamos una palabra de su propia significación a otra; que no le conviene mas que en virtud de una comparación que está en el entendimiento. «La metáfora, dice Quintiliano, es tan natural en nosotros, que vemos a menudo que las gentes menos instruidas hacen uso de ella sin conocerlo. Es tan agradable y tan energética, que en el estilo mas brillante resplandece con su propia luz... Además enriquece el lenguaje, prestándole lo que le falta, y merced al maravilloso secreto de este tropo, cada cosa parece tener su nombre particular.» La metáfora es una comparación abreviada. «Un buen ministro es la columna del Estado. Un joven estudioso y aplicado es el áncora de su anciano padre.» He aquí una metáfora; pero cuando digo, es a modo, o como una columna; o un áncora, hago una comparación. Ejemplos de comparación:

Como los rios que en veloz corrida  
se llevan a la mar, tal soy llevado  
al último suspiro de mi vida.

(RIOJA).

¡Ay! que cual débil planta  
Que agosta en su furor hórrido viento,  
Que hasta las rocas y árboles quebranta,  
De victimas sin cuento  
Llora la destrucción Mántua afligida!

¿Quién ¡ay! la alevesia,  
La horrible asolación habrá que cuente,  
Que como lobo en tímidos corderos,  
Hizo furioso en la indefensa gente  
Ese tropel de tigres carnívoros?

(NICASIO GALLEGU).

II. **La alegoría** es una metáfora continuada, de lo cual se deduce que, según la naturaleza de la alegoría, no hay siempre un límite rigoroso entre las figuras de palabras y las de pensamientos. Una frase metafórica puede llegar a ser alegoría: «Un buen ministro es la columna del Estado,» y si decimos: cayó la columna que sostenía el Estado, ya vemos a la metáfora convertida en alegoría.

III. **Sinedoque**: tiene por objeto variar el estilo dando a entender: 1.º el género por la especie o la especie por el género: 2.º la parte por el todo o el todo por la parte: 3.º el singular por el plural, y 4.º el nombre de la materia por la cosa de que se compone. Vela por la nave, el acero por la espada, los que beben las aguas del risueño Guadalquivir por los sevillanos, etc.

IV. **La metonimia**, que consiste en tomar: 1.º la causa por el efecto, o el efecto por la causa: 2.º el continente por el contenido: 3.º el signo por la cosa significada: 4.º el poseedor por la misma cosa que posee, y 5.º el nombre abstracto por el concreto. Decimos: «resistió el sol, por el calor; Baco por el vino; Marte por la guerra; el cielo por Dios; las letras



pueden mas que el sable; los labios enmudecen delante de los laureles, etc., etc.»

CUARTA PARTE. *De la accion.* Es, por decirlo así, la elocuencia del cuerpo. Los antiguos daban una grande importancia á esta parte de la retórica, como puede verse en Quintiliano, que le ha consagrado todo el libro once de su *Institucion oratoria*. Nuestra civilizacion no exige tanto; pero hasta cierto punto es preciso convenir en que esta parte de la oratoria no se debe descuidar, y puede aplicarse á la accion lo que Horacio ha dicho acerca de las pasiones: *si vis me flere dolendum est*.

I. A. BERMEJO.

### El reino de Dahomey.

RELACION DEL VIAJE DEL TENIENTE DE NAVÍO AUGUSTO BONET ENVIADO CON UNA MISION CERCA DEL REY DE DAHOMEY, EN MAYO DE 1851.

(Continuacion.)

Un numeroso acompañamiento salió á recibirle con música, para conducirlo á la plaza mayor en donde le aguardaba el rey. Nuestros lectores nos permitirán el que hagamos aquí una descripcion de los instrumentos músicos del Dahomey. Entre ellos figura en primer lugar el *tamtam*, que es un grueso tronco de árbol hueco y con pieles en sus estremos: los hay de diez pies de largo y cinco de ancho. El del rey es todavia mas enorme; se halla pintado con la sangre de sus prisioneros, y guarnecido con una horrible guirnalda de sus cráneos, á los que suele hallarse pegada la carne: las campanas son dos planchas de hierro, unidas en forma de cilindro, de tamaño mas ó menos grande, sobre el cual, uno ó dos hombres golpean con un mazo de hierro: los *sombreros chinoscos*, son grandes calabazas vacías, atadas á la punta de un palo, guarnecidas con unas redecillas, de las cuales penden sargas de dientes pertenecientes á los enemigos muertos. Las bandas de músicas contienen en bastante número esos *sombreros chinoscos* (no he encontrado un nombre mas adecuado que darles); por último, las trompetas son de cobre y de marfil, y á ellas se suelen unir con frecuencia flautas ó silbatos de caña, que producen á intervalos sonidos muy agudos. Figúrense los lectores una banda de música semejante compuesta de un centenar de instrumentistas, soplando ó golpeando con toda su fuerza, á la ventura, sin compas y sin armonía y



Guezo, rey de Dahomey.

tendrán una idea de una marcha militar en el Dahomey, y del estrepitoso efecto que de ella debe resultar.

El rey envió á su primer eunuco, precedido de aquel modo, á entregar al embajador el baston de honor, advertirle que podia entrar en Abomé, y que el rey le aguardaba en la plaza del palacio. El grande eunuco tenia la cabeza medio afeitada, y una verdadera cara de muger: siempre precedido de su música infernal, de un extraordinario número de banderas y de muchos guerreros, dió tres vueltas al sitio en donde se hallaba el enviado francés. Su traje era sumamente rico y brillaban en él con profusion, el oro, la plata y el coral.

Por fin se detuvo, se prosternó y dió cuenta del mensaje de su amo. En cuanto el embajador y su comitiva pasaron las puertas de Abomé por un mal puente formado de troncos de arboles, volvieron á subir en sus hamacas, y por entre una multitud de pueblo y de guerreros, se dirigieron hacia la gran plaza de palacio, que todavia estaba muy distante. La nueva capital les pareció muy inferior á *Cana*: sus edificios no son

mas que unas casucas de tierra, y las calles estrechas y sucias. Sin embargo, el aspecto varió al aproximarse al palacio, en cuyo derredor se hallaba apiñada una multitud de guerreros: el rey estaba debajo del *apatang* ó grande galeria de su palacio, rodeado de tres ó cuatro mil amazonas, vestidas con tragea resplandecientes, y con muy buenas armas: un largo espacio separaba á la tropa femenina de los otros guerreros: la plaza se hallaba adornada con mil banderas y gallardetes y



Instrumentos de música guerrera.

en lo alto del *apatang* ondeaba el pabellon real del Dahomey, encarnado y con un leon sentado en medio de él.

Mr. Bonet tuvo que dar tres veces la vuelta á aquella plaza en su hamaca, seguido de su guardia de honor del *Salam francés* de Whyda; á cada vuelta saludaba al rey cuando pasaba por delante de él. Decíanle que el monarca se levantaba tambien para devolverle el saludo, porque en razon á la oscuridad que reinaba en la bóveda de aquella galeria, le era imposible distinguir la negra figura del soberano africano. A la última vuelta vió acercarse hacia él un hombrecillo flaco, endeble de aire taimado, y como de unos setenta y cinco á ochenta años de edad, apoyado en un gran baston con puño de plata.

Aquel personaje era *Mehou*, ministro de la Interior, de Comercio y de Marina, hombre de una actividad extraordinaria para su edad, de una astucia ó inteligencia diabólica, y que hacia treinta y cinco años desempeñaba sus difíciles funciones. Cuando se quiere obtener algo del rey, es necesario dirigirse primero á él (1).

*Mehou* se prosternó á la distancia de un centenar de pasos del sitio en donde se hallaba el rey, cubriéndose la cabeza de polvo, y haciendo seña al embajador que se descubriese para acercarse á S. M. Mr. Bonet contestó por medio de un intérprete, que se quitaría el sombrero cuando le diesen un quitasol con que preservarse de los ardientes rayos del astro del día: al punto acudieron dos esclavos con un inmenso quitasol ó paraguas con muchos dorados y adornos, y entonces se acercó al rey con la cabeza descubierta. Fácilmente se comprenderá, que no le miraba á él solo, sino que tambien examinaba con curiosidad á las guerreras que le rodeaban, y su rico y pintoresco trage. Todas aquellas amazonas, á escepcion de algunas, que habian sido conservadas en clase de gefes por su habilidad ó valor en la guerra, eran jóvenes y bonitas.

El rey Guezo es un hombre como de unos cincuenta á sesenta años, de semblante inteligente y gracioso: estaba envuelto en una especie de manto de seda, y recostado sobre unos almohadones de terciopelo bordado. Al acercarse al enviado francés, se levantó, le alargó la mano, le pidió inmediatamente noticias del rey de Francia, y manifestó su satisfaccion, por ver llegar en su reinado uno de sus embajadores como en tiempo de sus antepasados: en fin, se mostró tan amable y atento como le fué posible. Mientras hablaba, una de sus principales mugeres (2), le tenia al alcance de su mano una hermosa escupidera de oro, y otra le componia y acomodaba los pies, que sacaba al efecto con cierto aire de indolencia de sus ricas habuchas.

Mr. Bonet le contestó como mejor pudo, y le entregó con grande ceremonia la cajita de raso que contenia la carta que el gobierno le habia encargado le llevase, y sobre cuya cubierta exterior se hallaban bordadas con perlas estas palabras: *A S. M. Guezo, rey del Dahomey*. Recibió la caja con complacencia, y le suplicó le leyese la carta. En seguida mandó traer en bandejas de plata botellas con licores y vinos de Europa, y le invitó á que bebiese á la salud del *rey de Francia*: aceptó, pero en cuanto llevó el vaso á los labios, los que se hallaban en la plaza y las amazonas, prorumpieron en un griterío espantoso: las mugeres principales se precipitaron hacia él, cubriéndole con un gran velo de seda, y todos, guerreros, guerreras y pueblo, se prosternaron, volviendo la cabeza y exclamaron en lengua del pais: *¡Es de noche!* Concluido aquel brindis, y el que despues repitió de parte del rey de Francia, el pueblo se volvió á levantar gritando: *¡Es de día!* Lo mas notable de aquellos brindis era el

(1) Guezo destronó en 1817 á su hermano, especie de boia sanguinario, que continuamente estaba ebrio, y que en sus momentos de embriaguez mandaba dar muerte á sus mas fieles súbditos: los tres ministros actuales de Guezo, el *Miagant*, ministro de la Justicia, *Mehou*, ministro de lo Interior, de Comercio y de Marina, y el *Cambédé* ó superintendente de palacio, fueron los que ayudaron en aquella empresa. Desde entonces los ha conservado, adoptado por principio, que á menos de falta grave que merezca la muerte, no debe mudarse de ministro. Su hermano permaneció encerrado en una prision hasta que murió hace tres años.

(2) Guezo no siempre se digna hablar por sí mismo á su pueblo: entonces le dirige la palabra por conducto de una de sus principales mugeres ó de su gran eunuco.

que habia que beber dos vasos cada vez, porque S. M. decia, que *no se podia andar con solo un pie*. Aquella vez fueron apurados los vasos en consideracion á los angustos brindis; pero la costumbre es que el monarca solo los lleve á los labios y haga beber el resto á su servidumbre, lo cual se reputa como un favor insigne.

Guezo se presentó en seguida á los principales gefes, tanto del cuerpo de las amazonas, como del ejército de hombres. El enviado francés no podia menos de mirar con tristeza aquel ejército de jóvenes, arrebatadas para siempre á su existencia de mugeres, y á las dulzuras y goces que tenian derecho á esperar de ella, para dedicarse, de grado ó por fuerza á la profesion de las armas, y al furor tan antipático á su naturaleza (4).

Concluida la ceremonia de la recepcion, el rey manifestó al enviado, que debia hallarse cansado del viaje, mucho mas cuanto que sabia que habia estado enfermo en Whyda: que así iba á mandarle conducir al alojamiento que se le tenia preparado, y que el mismo le acompañaria hasta el estremo de la plaza. Aquel favor era muy grande y estaba únicamente reservado á los blancos de clase distinguida.

Se levantó y tomó su magnifico gorro bordado de oro. Los principales gefes de las amazonas que le rodeaban, prorrumpieron en un grito semejante al del mochuelo, y que parece ser muy melodioso para los oidos de los dahomeyenses: aquel grito produjo un grande tumulto en la plaza: apartóse la multitud á un lado, y dejó libre un ancho espacio, por el cual avanzó Guezo magestuosamente llevando de la mano al embajador. Aquel acto era una consecuencia de la idolatria del pueblo hacia su soberano, para el que mas bien es un semi-dios que un rey. Unos se precipitaban delante de él para quitar las piedrecitas, otros se prosternaban y andaban de rodillas para besar la punta de su manto de seda, y algunos tomaban polvo del terreno por el que habia marchado, y se le estendian por la cabeza y el rostro con una especie de furor.

De este modo le condujo el rey hasta un grande pabellon con colgaduras encarnadas, sobre el cual ondeaban las banderas del Dahomey y de la Francia: debajo de aquel pabellon habia doce pobres prisioneros de guerra, vestidos con túnicas azules y blancas, en la cabeza una especie de gorros blancos con flecos encarnados que les caian por el cuello, y estaban fuertemente atados á unos postes que les pasaban por entre los pies y las manos. Aquellos doce prisioneros debian ser de gollados el mismo día, en honor de la llegada del embajador: pero tan insigne honra no le agradó mucho, é hizo un gesto harto significativo, pues S. M. mandó le preguntasen que era lo que tenia. Contestó que la Francia, como las demas naciones de Europa, odiaban tan abominables sacrifi-



La reina favorita de Abomé.

cios, y que el mayor placer que podia dar á su amigo el *rey de Francia*, seria, no solo el conceder la vida á aquellos desdichados, sino el renunciar para siempre á degollar hombres

(4) Las amazonas son casi todas hijas de gefes, que estos tienen á mucho honor presentar al rey desde la edad de ocho á nueve años, porque Guezo es dueño absoluto de los bienes y de la vida de sus súbditos. En cuanto son admitidas por el monarca, ya no salen del recinto de su palacio, sino para acompañarle á paseo ó á la guerra: todas sus ideas se dirigen al objeto unico de esceder á los hombres en abnegacion y en valor: á pesar del espíritu belicoso de los habitantes del Dahomey y de sus continuas guerras, las amazonas han obtenido siempre la palma. Guezo fomenta por política esa rivalidad que constituye el principal elemento de su fuerza. Cuando alguna amazona sale del palacio va acompañada de un eunuco, que con una campanilla advierte su paso: todos los que transitan por la calle bienen que separarse, porque el menor contacto con una muger perteneciente al rey, es castigado con la pena de muerte: el rey elige algunas veces de entre ellas las que mas le agradan, pero entonces quedan escluidas del ejército, y van á aumentar el inmenso número de sus concubinas ó criadas. Así, una amazona no sabe lo que es un hombre hasta que mata á un enemigo, mas si por el contrario, es hecha prisionera por él, se dejará matar antes que consentir en ser su esclava.



á sangre fría. Guezo no comprendió al pronto lo que se le decía; pero en cuanto se hubo enterado no pudo menos de reírse, sonrisa regía que fué inmediatamente imitada por los gefes y ministros que le rodeaban. Aquella fué la única respuesta que recibió: luego le hicieron pasar por delante de aquellos infelices, que aun cuando sabían perfectamente la suerte que les aguardaba de un momento á otro, comían, reían y conversaban alegremente entre sí. Guezo hizo observar á Mr. Bonet que los había escogido jóvenes y hermosos para honrarle mas: entonces le preguntó si era posible rescatarlos, á lo cual respondió que no, que bastantes esclavos había en el Dahomey, sin que tuviese necesidad de ocuparse de la vida de sus enemigos mas encarnizados. Todas sus protestas fueron inútiles. Al día siguiente, uno de los prisioneros fué empalado vivo, y colocado vestido en lo alto de un gran mástil que pusieron en aquel sitio; los demas, despues de dividirles casi completamente el cuello, fueron colgados desnudos por los pies en una fila de postes fijados al derredor.

El enviado francés fué alojado en una casa de Guezo, ó mas bien de su ministro Mehon, que iba á visitarle á cada momento: era astuto como una fúina, y desconfiado como un zorro: no podía su huésped dar un paso sin prevenirse antes, y los interpretes manifestaban gran temor cuando queria de pronto salir á paseo; pero él no los hacia caso alguno, á pesar de que pretendían que no podía salir sin penerlo antes en conocimiento de Mehon: en aquellas circunstancias, aun los mismos hamaqueros apenas se atrevían á obedecer sus órdenes. Sobre eso tuvo un sério altercado con Mehon, y le amenazó con acudir al rey: le pidió mil veces perdon, y le dijo, que el rey había declarado que si en sus escursiones le ocurría el menor accidente, le pagaría con su cabeza. Mehon, que la apreciaba en mucho, aunque era muy fea, había dado orden de que le avisasen cuando el embajador queria salir, porque inmediatamente una cincuenta de hombres armados, le dejaban espedito el paso sin que ello advirtiese.

La casa que le habían destinado era bastante cómoda y buena: en el primer patio había dos grandes naranjos silvestres, y en él se colocó la servidumbre. Pocos dias despues, fué admitido á la primera audiencia, y en ella le entregó al rey los regalos de que era portador, y estableció los preliminares de un tratado de amistad y de comercio, que firmó mas tarde, resultado inmenso, porque hasta entonces se había negado á hacerlo con ninguna nacion. *Tononou* le precedía medio prosternado, y en cada habitacion se detenía, escuchaba, y para anunciarle dejaba oír un sonido semejante al balido de un corderillo.—Encontró al rey y á sus ministros en una galería bastante sencilla, medio tendidos sobre unas alfombras. Sus mugeres-ministras, ricamente vestidas se hallaban á su lado (1).

Al día siguiente le hizo saber que había convocado una grande asamblea de su pueblo para hacerle ver los regalos que había recibido del rey de Francia. Cuando Mr. Bonet llegó á la plaza, vió en efecto una multitud de guerreros y de pueblo, y despues de saludar al rey y tocarle la mano, comenzó la presentación. Mehon enseñó al pueblo el retrato del presidente de la república, Luis Napoleon, colocado en un magnífico cuadro, pero nunca pudo pronunciar distintamente el nombre, aunque se volvía con frecuencia hacia Mr. Bonet como para que ayudase su memoria; en vez de Luis Napoleon, decía siempre *Polion*. Del mismo modo estropeaba todos los demas nombres: pero lo mas curioso de todo fué la aparición de los cascos de hombre que formaban parte de los regalos: cincuenta amazonas desfilaron y se colocaron enfrente del solio, adornada la cabeza con aquellos lujosos cascos, con sus plumas encarnadas, y que el sol hacia brillar de un modo extraordinario; pero semejante adorno parecia muy pesado á aquellas guerreras, acostumbadas á no usar mas que una gorrita sencilla azul ó blanca, adornada con figuras de animales sagrados.

El día concluyó, como todos los demas, con dádivas hechas al pueblo y á la comitiva de la embajada. Desde aquel día se sucedieron las fiestas sin interrupcion, y habiendo en una de ellas dispuesto el rey, una especie de parada de sus tropas, segun iban llegando se agrupaban sin orden, y unos se sentaban y otros quedaban de pie. Entonces Mr. Bonet le dió una idea de la disciplina y de la táctica, y Guezo manifestó vivos deseos de instruir y arreglar su ejército á la europea, y de tener algunos cirujanos, porque la mayor parte de los que quedaban heridos en sus guerras anuales, perecían cuando era necesario practicar alguna amputacion.

(1) Una cosa muy singular en la organizacion del Dahomey es, que cada ministro tiene su correspondiente hembra al lado del rey, y á ella llama su *madre*, palabra que en nuestro idioma corresponde á la de *comadre*. En lo interior del palacio solo rodean y sirven al rey sus mugeres, y solo ellas saben donde duerme, como come y lo que come. Hay ciertas puertas en palacio, que los ministros mas favorecidos no han podido nunca atravesar: como ya se ha dicho, hay tres ministros que no han mudado desde su advenimiento al trono, el de la Justicia, el principal de todos, encargado de las ejercencias secretas, y en cuya estancia jamás entra el mismo Mehon sin estremecerse, porque no sabe si saldrá de ella; el ministro de lo Interior, de Comercio y de Marina, el intendente de palacio, y por último, como grado intermedio entre este y el ministro de lo Interior, el yabegan ó gobernador de Whyda.

Un día el rey quiso darle una idea de sus liberalidades para con el pueblo, y de las riquezas que poseía: previniéronse con anticipacion, y al día siguiente á las siete de la mañana ya se hallaba en uno de los patios del palacio, en donde el rey, rodeado de los principales gefes de sus amazonas, de gran gala, estaba recostado debajo de una inmensa tienda de mas de 60 pies de alto, y unos 90 de diámetro, llena de figuras de hombres y animales de color negro, encarnado ó amarillo, con la estatua del genio del Dahomey, y el pabellon real en lo alto de ella. No se permitió la entrada en aquel



Prisioneros de guerra aguardando su suplicio.

sitio á mas hombres que los guardias particulares del rey, los ministros y grandes dignatarios. El monarca llevaba un traje magnífico, y verdaderamente bien adaptado al clima y á las costumbres: si en vez de unas mezquinas casuchas de tierra con uno ó dos pisos, Mr. Bonet hubiese encontrado los palacios de mármol y de pórfido de la inmensa Babilonia, le hubiera parecido ver uno de sus reyes. Consistía su traje en una magnífica túnica de terciopelo encarnado bordada de oro, un collar de riquísimo encage que sostenía una placa de diamantes, un alfange damasquino pendiente de una ban-

jador objetos á cual mas magníficos y curiosos: grandes avestruces macizos de plata, de cinco á seis pies de alto, con huevos del tamaño natural (4), especies de pagodas con campanillas del mismo metal y de igual altura; magníficas vajillas de plata, regalo de los reyes de Francia; carrozas doradas que databan del tiempo de su invencion: otros bonitos carruages modernos, birlochos ó mylords, regalos de los portugueses ó de los ingleses: dos tronos magníficos de oro y terciopelo con dos leones sentados delante: Guezo, colocado en uno de ellos, con su cetro en la mano, iba conducido por veinte mugeres, y escoltado por su compañía sagrada de amazonas, con un traje de los mas brillantes y pintorescos (2). Guezo, al pasar, saludó graciosamente al enviado francés con la mano, entre las aclamaciones de la multitud; junto á él, cuatro guerreros llevaban una grande vasija de cobre, que contenía la sangre de los prisioneros degollados durante la noche en honor de aquel festejo. Despues desfilaron mas de cuatro mil mugeres de la servidumbre, cargadas con grandes vasijas llenas de alimentos y frascos de aguardiente, y se dirigieron á la plaza exterior del palacio; otras mugeres iban tambien cargadas con cauris. Seguía luego el enorme tam-tam de guerra del rey, pintado con la sangre y guarnecido con las mandíbulas ó los cráneos de reyes ó gefes enemigos. A continuación, desfilaron las compañías de amazonas de gran gala, la mayor parte armadas con fusiles dorados; millares de banderas, bandas de música de toda especie, hasta panderetas y tambores, bufones que bailaban de un modo burlesco, etc. etc. Pero lo mas chocante de todo, fué la singular idea que tuvo el rey de reunir una treintena de jorobados y hacerlos desfilar como los demas.

Sin duda seria para hacer concebir una idea ventajosa de la pureza de la sangre dahomeyense, pues tuvo cuidado de manifestar que eran los únicos que había en su reino. Lo cierto es, que se ven pocas deformidades en el Dahomey, y que la sangre es allí muy buena, especialmente en el interior. Aquellos pobres corcobados, iban vestidos como unas caricaturas: les habían pintado el círculo ó órbita de los ojos de color blanco, como tambien las corcobas, que llevaban descubiertas. Los bufones eran tambien notables por su estravagante traje. Llevaban grandes medias blancas, una larga cola á cuyo extremo había atada una bola como la bala de un cañon, y campanillas pequeñas por todo el cuerpo: lanzaban á una altura extraordinaria el fusil que tenían en la mano, y al volverle á coger y á arrojar, giraban sobre sí mismos con velocidad, haciendo describir rápidamente un círculo á su cola, con solo el movimiento de los riñones. El último cuerpo que salió con grande pompa del palacio, fué el de las hermanas y mugeres legítimas del rey: las hermanas del soberano llevaban todas una banda blanca en la frente, y en la mano un baston con puño de plata: serían como unas cuarenta las mugeres legítimas del rey, en número de cinco, llevaban un traje soberbio y brillante, es decir, la diadema, el cetro y el brazalete que ocupaba casi todo el brazo, desde la muñeca hasta el hombro; solo que aquellos adornos eran de plata, excepto los de la favorita ó reina que eran de oro: la favorita era joven y muy linda, y su bronceada tez, resaltaba mucho mas con aquel vestido de oro y seda.

Concluido el desfile, Guezo quiso que el embajador presenciase sus liberalidades con el pueblo: fué pues á buscarle al sitio en donde se hallaba, le saludó otra vez (3), y le invitó á que le acompañase á la gran plaza. Había allí una multitud inmensa de guerreros, cuyo entusiasmo llegó á su colmo cuando vieron á su semi-dios: Guezo subió á un estrado circular, cubierto con una espaciosa tienda situado en medio de la plaza, en la que se veían fardos de telas y montones de cauris, y una media docena de desgraciados prisioneros fuertemente atados: aquellos infelices estaban destinados á servir de peroracion á las prodigalidades del rey. Cuando estuvieron distribuidos los cauris, telas, licores y comestibles, los infelices prisioneros fueron entregados al pueblo, que los degolló con furor.

Guezo tuvo la atención de prevenirle con anticipacion que iba á tener lugar la ejecucion, y volvió á su alojamiento, aturrido de lo que acababa de ver y oír aquella mañana.

(Se continuará.)



Mehon, primer ministro, y su madre en traje de ceremonia.

dolera de mucho precio, una corona de oro guarnecida de piedras preciosas, un calzon corto con hebillas de oro, las piernas desnudas y unas babuchas de tafete bordadas de oro y perlas.

Los ministros llevaban trajes largos á la turca, de una especie de tela de seda, un sable corto con vaina de plata, y lo que era mas chocante, unos cuernecillos de plata en la cabeza, y una placa del mismo metal en una de las sienes. Aquel día, todos los altos dignatarios y los gefes de los guerreros y de las amazonas llevaban cuernos semejantes: solo el rey estaba calzado. Desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde fueron desfilaro por delante del emba-

tantos colores y están de tal modo sobrecargados de adornos, que su descripcion seria demasiado proliza y fastidiosa. Lo mismo sucedería si hubiese de referirse todo lo que Guezo fué presentando, hasta su cama, que era en verdad un lecho sumamente hermoso. Por esa razon hemos creído conveniente omitirlo.

(3) Cuantas veces iba Mr. Bonet á una de las asambleas solemnes á que asistía el monarca, colocaban delante de él una gran mesa, cubierta de bandejas magníficas con botellas de vinos y licores; despues colocaban tambien quitasoles muy grandes, para preservarle de los rayos del sol, como asimismo á los que componian su comitiva. Estos salían de allí colmados de regalos, y mientras Mr. Bonet permanecía en Abomé, no tuvo que ocuparse de su manutencion ni de la de sus compañeros. Todas las mañanas enviaba el rey veinte criados cargados de víveres, buyes, carneros, aves y muchas veces excelentes vinos de la bodega de S. M. y de sus ministros.



## La estatua de nieve.

CUENTO AMERICANO.

En la tarde de un día glacial de invierno brillaba el sol con palido resplandor después de una gran nevada, y dos niños pidieron permiso a su madre para ir a jugar con la nieve. El mayor era una niña a quien sus padres y amigos llamaban Violeta, porque era de un carácter sensible y modesto, y prometía llegar a ser muy hermosa. Su hermano era conocido con el nombre de Peonia, por el colorido de su cara redonda y llena, que recordaba a todo el mundo aquellas grandes flores encarnadas iluminadas por el sol. Lindsey, padre de aquellos dos niños, era un hombre excelente, pero demasiado positivo; un comerciante de quincalla, que tenía la costumbre de juzgar sumariamente todas las cosas bajo el punto de vista que se suele llamar sentido común. Con un corazón tan tierno como el de los demás, tenía la cabeza tan dura y quizá tan vacía como los jarros de porcelana que figuraban en su tienda. La madre tenía en su carácter algo de poético y una especie de belleza inmaterial, como una flor delicada cubierta de rocío. Aquella flor de poesía había sobrevivido a su primera juventud, y había continuado floreciendo en medio de las prosaicas realidades del matrimonio y de la maternidad.

Violeta y Peonia, como ya he dicho, suplicaron a su madre los dejase ir a jugar en la nieve que acababa de caer, porque aunque tenía un aire lúgubre y triste al caer de un cielo encapotado y ceniciento, su aspecto era ya mas alegre con los brillantes rayos del sol. Los niños habitaban en una ciudad, y no tenían mas sitio de recreo que un jardinito situado al frente de la casa, y separado de la calle por un enrejado. Un peral y tres ciruelos esparcían allí su sombra, y delante de la ventana del comedor se veían algunos rosales. Pero los arboles y los arbustos se hallaban entonces sin hojas: una nieve deslumbradora cubría sus ramas como con una hoja de invierno, y por acá y por allá pendía alguno que otro pedazo de hielo cual si fuese una fruta.

—Si, Violeta; si, querido Peonia, les dijo la madre, podeis ir a jugar en la nieve.

Y la excelente señora puso a sus niños chalecos y chaquetitas algodónadas, corbatas de mucho abrigo alrededor del cuello, botines en sus pies, mitones en sus manecitas, y les dio a cada uno un beso, como talisman para ahuyentar de ellos el frío. Los dos niños comenzaron a saltar con el mayor regocijo, y sus saltos les condujeron precisamente en medio de un gran monton de nieve, de donde Violeta salió brincando como un pajarillo, mientras que Peonia se revolcaba en él con su carita encarnada. (Cómo se divertían!... Al verlos hacer semejantes locuras en el jardín, se hubiera creído que Dios no había enviado aquella nevada mas que para causar placer a Violeta y Peonia, y que los dos niños no habían sido criados, como los verdaderos, mas que para saltar y divertirse sobre la blanca capa que cubría la tierra.

En fin, cuando sus vestidos estuvieron ya calados y medio helados, Violeta, después de reirse de la figura y del semblante de su hermanito, concibió una idea enteramente nueva.

—Te parecerías, Peonia, le dijo, a una estatua de nieve si tus mejillas no estuviesen tan coloradas. Hagamos, pues, una estatua de nieve, una niña, que llegará a ser como nuestra hermana, y correrá y jugará con nosotros todo el invierno. Eso sería muy bonito, ¿no es verdad?

—Si, si, contestó Peonia tartamudeando, porque todavía era muy pequeño; será muy bonito, y mamá verá la niña.

—Si, mamá verá a la nueva niña, pero tendrá que dejarla al aire libre y no introducir la en ninguna habitación abrigada, porque debes saber que a nuestra hermanita de nieve no la gusta el calor.

Y los niños comenzaron inmediatamente aquella grande obra, y trataron de formar una estatua de nieve que pudiese correr y jugar con ellos. Su madre, que se hallaba sentada junto a la ventana, y que de cuando en cuando sorprendía algunas palabras de su conversacion, no pudo menos de sonreírse al ver la gravedad con que dieron principio a su tarea. Les parecía realmente que era la cosa mas fácil hacer una niña de nieve que estuviese animada. Y en verdad, que si alguna vez llegásemos a hacer milagros, sería poniendo manos a la obra, con la sencillez de espíritu y confianza con que Violeta y Peonia emprendieron hacer uno, sin saber lo que era un prodigio. Así pensaba la madre, y pensaba además que la nieve que habia caído, si no fuese tan fría, sería una materia excelente para la creacion de nuevos seres. Fijó todavía un instante sus miradas en sus niños, complaciéndose en ver a su hija muy crecida para su edad, graciosa y ágil, y con el rostro de un sonrosado tan delicado, que mas bien se parecía a un pensamiento halagüeño que a una realidad material, mientras que Peonia, mas ancho que largo, trotaba con sus gruesas y pequeñas piernas, tan sustancial sino tan grueso como un elefante. Luego la madre volvió a emprender su labor, que se me ha olvidado lo que era; pero seguramente ó adornaba un sombrerillo de seda para Violeta ó componía un par de medias para Peonia; de todos modos no podía menos de volver con frecuencia la cabeza hacia la ventana, para ver si la estatua de nieve adelantaba.

Verdaderamente era un espectáculo encantador el de aquellos niños tan afanados, y era hasta asombroso el ver con qué destreza y desembarazo se manejaban. Violeta era la directora de los trabajos, y decía a Peonia lo que debía hacer, formando al mismo tiempo con sus delicados dedos las partes mas difíciles de la estatua, la cual no parecía hecha por los niños, sino que crecía entre sus manos mientras jugaban y charlaban en derredor suyo. Su madre estaba entusiasmada, y cuanto mas miraba, mayor era su sorpresa al ver los adelantos de la estatua.

—¿Qué niños tan despejados son los míos!... decía para sí con maternal orgullo; y luego, sonriéndose envejecida, proseguía: ¿Hubieran llegado otros niños a hacer de pronto con nieve una figura tan parecida a la de una niña?... Vamos, ahora se trata de concluir el vestidito nuevo de Peonia: su abuelo debe llegar mañana, y quiero que el picaresco se presente decente.

Tomó, pues, el vestido, y bien pronto estuvo tan ocupada con la aguja como los niños con su estatua. Pero mientras cosía, la madre procuraba amenizar su trabajo, prestando atento oído a las voces aéreas de Violeta y Peonia, que ha-

blaban sin cesar y a un mismo tiempo; sus lenguas eran tan activas como sus pies y sus manos. No siempre entendía lo que decían, pero adivinaba muy bien que estaban satisfechos y gozosos, y que la estatua iba progresando considerablemente. Y cuando Violeta y Peonia alzaban la voz, percibía sus palabras tan distintamente como si las pronunciaban en la misma habitación en donde se hallaba sentada. ¡Qué júbilo difundían en su corazón aquellas palabras, aunque no significasen nada de extraordinario, sabio ni maravilloso!...

Pero es preciso tener en cuenta que una madre oye mas bien con el corazón que con los oídos, y que de ese modo goza muchas veces la dulzura de una armonía celestial, cuando los demás solo oyen una charla insignificante y molesta.

—Peonia, Peonia, decía Violeta a su hermanito, que habia ido a otro sitio del jardín: tráeme un poco de nieve fresca, de esa que hay en aquel rincón por donde todavía no la hemos pisado. La necesito para formar el pecho de nuestra hermanita: ya sabes que la nieve de ese rincón se halla tan pura como en el momento de caer de las nubes.

—Héla aquí, Violeta, respondía Peonia con su voz un poco gruesa, pero suave aun, y llegaba corriendo por entre los montones de nieve. Toma, aquí tienes para el pecho. Violeta, ¡qué hermosa comienza a estar!...

—Si, contestó Violeta con aire tranquilo y reflexivo; nuestra hermana de nieve es muy hermosa. No hubiera creído que pudiéramos formar una niña como esa.

La madre, que los estaba escuchando, pensaba cuán encantador sería aquello, si las hadas, ó mejor aun, si unos ángeles bajados del cielo, fuesen a mezclarse de una manera invisible en los juegos de sus hijos queridos, y les ayudasen a formar la estatua, dándole las facciones de un ángel del paraíso. Violeta y Peonia no sospechaban la presencia de sus inmortales compañeros, y viendo embellecerse la estatua entre sus manos, creían que todo lo habían hecho ellos mismos.

—Mis niños merecen semejantes compañeros, si acaso alguna vez los han merecido las criaturas mortales, dijo para sí la madre; y luego se sonrió con orgullo enteramente maternal.

Apoderada de su imaginacion aquella idea, miraba de cuando en cuando por la ventana, porque casi esperaba ver a los niños celestiales jugar con su rubia Violeta y con su Peonia de encarnadas mejillas.

Durante algunos instantes se oyó el murmullo de las voces de los dos niños, pero muy poco distinto. Violeta y Peonia trabajaban juntos con la mayor armonía: la primera era siempre la directora, y el segundo su ayudante u obrero, que la llevaba la nieve de mas cerca ó de mas lejos; sin embargo, el niño tenía tambien evidentemente la inteligencia de su tarea.

—Peonia, Peonia, gritó Violeta, porque su hermano se habia ido otra vez a un extremo del jardín; tráeme esas hermosas guirnalda de nieve que cuelgan de las ramas mas bajas del peral. Subiéndote sobre ese monton de nieve podrás alcanzarlas fácilmente: las necesito para formar algunos rizos sobre la cabeza de nuestra hermanita.

—Tómalas, Violeta, y ten cuidado de no romperlas. ¡Bien! ¡muy bien! ¡qué bonito!...

—¿No es verdad que nuestra hermana parece apacible y buena? exclamó Violeta con satisfacción: ahora nos faltan algunos pedacitos de hielo muy brillante para formar la los ojos; todavía no esta concluida. Mamá verá que es muy hermosa; pero papá nos dirá: ¡Qué necesidad! ¡Entrad en casa, que os vais a resfriar!

—Llamemos a mamá para que la vea, dijo Peonia, y principió a gritar: ¡Mamá! ¡mamá! ¡mamá!... ¡Mirad qué niña tan bonita hacemos!...

La madre dejó su labor un momento y miró por la ventana; pero como aquel día era uno de los mas cortos del año, el sol que se hallaba muy próximo al horizonte, lanzaba sus últimos rayos en los ojos de la señora, que se quedó deslumbrada y no pudo distinguir nada de lo que habia en el jardín. Sin embargo, a pesar de aquel exceso de luz y del que producía la nieve, vio una pequeña estatua blanca que se asemejaba maravillosamente a una niña, y vio tambien a sus dos hijos (porque los miraba mas que a la estatua), aplicados constantemente a su obra; Peonia llevaba nieve y Violeta la aplicaba a la estatua, con tanta habilidad como un escultor que perfecciona su modelo. La madre opinaba que jamás se habia hecho ninguna estatua de nieve con tanto arte, y que nunca habian existido unos niños como los suyos para hacerla.

—Todo lo que emprenden lo llevan a cabo mejor que los demás, dijo entre sí con cierta complacencia; no es, pues, extraño que la estatua de nieve esté tan bien acabada.

Volvió a tomar su labor acelerándola lo posible, porque se acercaba el crepúsculo; el traje de Peonia no estaba aun concluido, y el abuelo debía llegar al día siguiente muy temprano por el camino de hierro. Así era que sus dedos se movían, volaban con una rapidez siempre creciente. Los niños desplegaban tambien suma actividad en el jardín, y la madre retenía cuantas palabras les podía oír con claridad y distintamente. Divertíase en ver cuánto se habia elevado su imaginacion en aquel trabajo, y Violeta y Peonia parecían creer positivamente que la estatua de nieve comenzaría a correr y a jugar con ellos.

—¡Qué linda compañera tendremos todo este invierno!... dijo Violeta; espero que papá no tendrá miedo de que nos resfriemos. ¿No la amarás con ternura, Peonia?...

—¡Que sí, que sí!... y la estrecharé entre mis brazos, y la haré sentar a mi lado y la daré leche muy calentita para que beba!...

—Eso no, Peonia, respondió Violeta con prudente gravedad: eso no conviene, porque la leche caliente haría daño a nuestra hermana de nieve. Las niñas de nieve como ella no comen nunca mas que pedazos de hielo. No, no, Peonia, no debemos darla de beber nada caliente.

Hubo uno ó dos minutos de silencio, porque Peonia, cuyas cortas piernecitas no se cansaban jamás, acababa de hacer una nueva peregrinacion al otro extremo del jardín. De repente Violeta gritó con alegría:

—¡Mira, Peonia, ven ligero!... esa nube colorada ha es-

parcido un reflejo en sus mejillas. ¿No es verdad que está hermosa?...

—Si, si, está hermosa, contestó Peonia pronunciando esas cuatro sílabas con toda la atencion de que era capaz. Violeta, mira sus cabellos: son de un rubio dorado...

—Seguramente, respondió Violeta, como si fuese la cosa mas natural del mundo. Mira, ese color de oro proviene de esas nubes que están encima de nosotros en el cielo. Ahora ya se halla la niña casi concluida, pero es necesario ponerla los labios encarnados, mucho mas encarnados que las mejillas. Peonia, si se los besamos, puede ser que eso los dé color.

Y la madre oyó el ruido de dos besos que sus hijos aplicaban en los labios helados de la estatua de nieve. Mas como sin duda aquello no habia dado bastante colorido a los labios, Violeta propuso que invitasen a la niña de nieve a que diese un beso a Peonia en sus encarnadas mejillas.

—Vamos, hermanita de nieve, ven a besarme, dijo Peonia.

—¡Calla!... pues te ha besado, añadió Violeta, y sus labios se han puesto encarnados... hasta se ha ruborizado un poco...

—¡Qué frío está ese beso!... dijo Peonia.

En aquel instante comenzó a soplar una brisa del Oeste, que atravesó el jardín e hizo se moviesen los vidrios de las ventanas del salón. Aquel viento era tan frío, que la madre por poco rompe un cristal con el dedo que tenía puesto en uno de sus dedos, por hacer señas a sus hijos para que entrasen; pero los dos la gritaron a un mismo tiempo que saliese. Sus voces no tenían el acento de la sorpresa, aunque estaban muy animadas; parecía mas bien que los niños estaban poseídos del mayor júbilo por algun acontecimiento reciente, pero que habian esperado con firme confianza.

—Mamá, mamá, hemos concluido nuestra hermanita de nieve y corre con nosotros por el jardín.

—¿De qué imaginacion mas viva se hallan dotados esos niños!... pensó la madre, dando las últimas puntadas al vestido de Peonia. Es extraño que me hagan tan niña como ellos mismos, pues me cuesta trabajo el no creer que la estatua de nieve se halla animada.

—Querida mamá, gritó Violeta: mirad, mirad qué compañera tan linda tenemos...

La madre no pudo menos de mirar por la ventana. El sol habia desaparecido debajo del horizonte, dejando, sin embargo, una rica herencia a esas nubes de púrpura y de oro, que en invierno hacen tan magnífica la postura del sol. Pero ya no habia ni en los cristales ni en la nieve ningun reflejo deslumbrador, por manera que la buena señora pudo dirigir sus miradas por todo el jardín, y ver cuanto habia en él. ¿Y qué pensais que fué lo que vio? A sus queridos hijos Violeta y Peonia. Efectivamente: ¿pero qué vio a su lado? Pues bien, si me quereis creer, habia tambien una niña vestida enteramente de blanco, con las mejillas sonrosadas, el cabello rubio, que jugaba en el jardín con los dos niños. Aunque estraña, parecia familiar con Violeta y Peonia, y estos tan familiarizados con ella, como si los tres hubiesen sido compañeros de juegos durante los cortos días de su vida. La madre pensó que sería la hija de algun vecino, que viendo a Violeta y Peonia en el jardín, se habria reunido con ellos para jugar. Así fué que la buena señora abrió la puerta para invitar a la pequeña fugitiva a que entrase a calentarse, porque como el sol habia desaparecido, la temperatura exterior era cada vez mas baja y cruda.

Pero después de abrir la puerta se detuvo un momento en el umbral, porque no sabia si diría a la niña que entrase, y aun vacilaba en dirigirla la palabra. Lo cierto es que no sabia si veía una verdadera niña ó solo un monton de nieve, esparcida en el jardín por el helado viento del Oeste. Seguramente habia algo de extraño en el aspecto de la estrangera. Entre todos los niños de la vecindad, la señora no recordaba haber visto una niña de una tez y una blancura tan puras, de un sonrosado tan delicado y con unos rizos dorados tan hermosos, que le caían por la frente y las mejillas. En cuanto a su traje enteramente blanco, era tal, que ninguna muger racional se le habria puesto a su hija para que saliese a la calle y a jugar en lo mas crudo del invierno. Aquella tierna y cuidada madre se estremecía solo con mirar sus pequeños pies cubiertos únicamente con unas chinelas. Pero por mas ligero que fuese el vestido de la niña, no parecia sentir el frío de modo alguno, y saltaba con tanta rapidez por la nieve que apenas dejaba señaladas en ella sus huellas. Violeta la seguía con mucha dificultad, y las piernas demasiado cortas de Peonia le obligaban a quedarse atrás.

Una vez, en medio de sus juegos la estraña niña se colocó entre Violeta y Peonia, y dando una mano a cada uno, se lanzó con ellos hacia adelante. Pero casi en el mismo instante, Peonia retiró su manecita y comenzó a resregarla como si sus dedos estuvieran transidos de frío, mientras que Violeta, desasiéndose tambien, aunque menos bruscamente, hacia con mucha gravedad la observacion de que valdría mas no agarrarse de la mano. La señorita del vestido blanco no dijo nada, y continuó saltando y bailando tan alegremente como antes. Si Violeta y Peonia no querían jugar ya con ella, sabia divertirse muy bien con el viento penetrante y glacial del Oeste, que la llevaba por todo el jardín y se tomaba con ella unas libertades que parecían dos amigos antiguos. Sin embargo, la madre permanecía siempre en el umbral, maravillada de que una niña pudiera asemejarse a un monton de nieve, ó que este pudiese parecerse a una niña.

Llamó a Violeta y la dijo al oído:

—Querida Violeta, ¿cómo se llama esa niña? ¿Es alguna vecina?

—Mamá, contestó Violeta riéndose de que su madre no comprendiese una cosa tan sencilla, es nuestra hermanita de nieve, que hemos formado hace poco.

—Si, querida mamá, gritó Peonia corriendo hacia ella y mirándola con candor infantil, es nuestra estatua de nieve: ¿no es verdad que es una niña muy hermosa?

En aquel momento, llegó volando una bandada de pajarillos, que como era natural, huyeron de Violeta y de Peonia: pero, ¿cosa estraña!... se dirigieron hacia la niña del vestido blanco, revolotearon al derredor de su cabeza, y se posaron en sus hombros, encontrando al parecer una conocida antigua. Ella, por su parte, estaba muy gozosa, al ver aquellas avecillas, y extendió los brazos como para recibir las. Entonces todas se apresuraron a colocarse en sus manos y en sus dedos: derribábanse unos a otros y agitaban sus alitas. Uno de aquellos pajarillos se colocó en su seno, otro aproximó su pico a sus labios: todos estaban alegres y parecían hallarse en su elemento, como si se hallasen jugueteando sobre un monton de nieve.

Violeta y Peonia, al ver aquello comenzaron a reirse: re-



gocijábanse con el júbilo que producían á su nueva amiguita aquellos visitantes alados, casi tan contentos como si tuviesen parte en su alegría.

—Violeta, prosiguió la madre con la mayor perplejidad, dime la verdad sin chancearte, ¿quién es esa niña?

—Querida mamá, respondió Violeta mirando con seriedad á su madre, y sorprendida de que existiese todavía explicaciones; os he dicho ya con toda verdad quien es: la pequeña estatua de nieve que hemos hecho Peonia y yo. Peonia os lo puede decir también.

—Si, mamá, repitió Peonia con toda la seriedad de que su cara era capaz, es la niña de nieve. ¿No es verdad que es muy bonita?... Pero mamá, su mano está tan fría, tan fría...

Mientras la mamá permanecía indecisa sin saber que creer ni que hacer, se abrió la puerta de la calle y entró el padre de Violeta y Peonia con el paletó abrochado hasta el cuello, las orejas tapadas con un gorro de pieles, y las manos metidas en los guantes de mas abrigo que había podido encontrar. Mr. Lindsey era un hombre de una edad media; su rostro un poco amaratado por el viento y el frío, espresaba el cansancio y la alegría; porque volvía al fin á su pacífica morada. Sus ojos brillaron con el mas vivo júbilo al ver á su mujer y á sus hijos, pero no pudo contener uno ó dos gritos de sorpresa al ver toda su familia al aire libre, con un tiempo tan frío y después de puesto el sol.

—¿Quién es esa niña?... preguntó el hombre sensible: seguramente su madre está loca, cuando la deja salir con un tiempo tan cruel sin mas ropa que ese ligero vestido blanco, y ese calzado tan delgado.

—Querido esposo, no sé mas que vos acerca de esa niña: supongo que será la hija de algun vecino. Violeta y Peonia, añadió riéndose por tener que repetir un cuento tan absurdo, pretenden que es una estatua de nieve que se han divertido en formar esta tarde.

(Se concluirá.)

INTEMPERANCIA. Escríbenme de Barcelona.—Un capricho singular costó ayer la vida de un hombre. Parece que un habitante del barrio de la Barceloneta, queriendo poner á prueba sus fuerzas físicas, introdujo en su estómago una después de otra seis botellas de rom y..... sucedió lo que debía suceder naturalmente; al cabo de algunas horas espiró.

## Juan Sebastian del Cano.

(Conclusion.)

Reunidos todos, mandó el general á Cano con tres buques, Párral, San Lesmes y el patage, volviéndose al sitio de la nao perdida á recoger lo que se había salvado. Sobrevinieron nuevas tormentas y nuevas separaciones, teniendo que retroceder la capitana con estos tres buques referidos al puerto de Santa Cruz para reponerse de sus grandes averías y sin saber nada de los dos que faltaban, consiguiendo estos cuatro desembarcar el estrecho á vuelta de innumerables trabajos y hallarse el 26 de mayo en el Océano Pacifico. Aquí á las separaciones se agregaron las enfermedades y el hambre, y Loaisa cayó enfermo de enojo por no encontrar las dos naves que le faltaban.

El día 26 del mes de julio otorgó su testamento Juan Sebastian del Cano á bordo de la Victoria. En él dispuso que se le hicieran sus aniversarios exequias en Guetaria en la iglesia de San Salvador, segun á persona de su estado, en la huesa donde estaban enterrados su señor padre y sus antepasados. Hizo una porción de mandas pias á la dicha iglesia, al hospital de la misma villa, á todas las iglesias de la jurisdicción, á varios santuarios, entre ellos al de Aránzazu, y ordenó que se diera de vestir á treinta pobres de las mas necesitadas de la jurisdicción de Guetaria. De los legados los mas notables son: uno de cien ducados de oro á Mari Hernandez de Hernialde, madre de Domingo del Cano su hijo, POR CUANTO SEYENDO MOZA VIRGEN LE HUBE, dice el testamento; otro de cuatrocientos ducados de oro para casar y dotar á su otra hija natural que tenia en Valladolid de Maria de Vida Urreta, á cuyo efecto disponia que la llevaran y sostuvieran en Guetaria hasta tanto que llegase á la edad competente; y otro de cuarenta ducados á la dicha Maria de Vida Urreta por la crianza de su hija y en descargo de su conciencia. Dejó por heredero á su hijo Domingo del Cano con el usufructo de los bienes á favor de su madre y señora doña Catalina del Puerto, quien debía heredarlos si aquel moria primero, con la facultad de tomar á su vez por heredera á la hija natural. Sus testamentarios fueron siete, entre ellos el comendador Loaisa, doña Catalina del Puerto y Martin Perez del Cano. Uno de los testigos de este testamento fué Andrés de Urdaneta, á quien ademas de otras cosas mandó el testador un jubon de tafetan plateado.

Cuatro dias despues falleció el comendador Loaisa, y para proveer el mando se abrió una real orden reservada para la sucesion y eleccion del general, capitanes y oficiales en el caso de que falleciesen algunos de los que iban en la armada, que el emperador les había entregado antes de salir de España y tenia la fecha del 5 de mayo de 1525. Esta real orden en su cláusula tercera decia que «muriendo ó quedando el dicho comendador Loaisa en la dicha tierra (el Maluco), mandamos que venga por capitan general de la dicha armada Juan Sebastian del Cano, capitan de la segunda nao de la dicha armada.» En su consecuencia fué nombrado Cano general; pero como desde que otorgó testamento venia ya muy enfermo, apenas pudo hacer otra cosa que proveer algunos empleos vacantes, muriendo el día 4 de agosto de aquel año de 1526. ¡Le duro esta dignidad que por sus méritos le correspondia cinco dias desde que se emprendió este viaje! La armada prosiguió su camino hasta las Malucas: de lo que allí pasó da cuenta el aragonés Bartolomé Leonardo de Agensola en su *Conquista de las islas Malucas*, dirigida al rey Felipe III, y don Martin Fernandez de Navarrete en el tomo V de su *Co-*

leccion de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV.

Murió, pues, Juan Sebastian del Cano sin recibir otro premio que un escudo de armas y un generalato de cinco dias, sin dejar su nombre á ninguna isla, estrecho ó cabo para que le recordase el mundo que asombrado le había visto medir su circunferencia, y sin lograr siquiera que las islas Molucas, por él descubiertas para España, fueran en lo sucesivo una de las preciosas joyas entre las muchas que han adornado siempre la corona de esta monarquía poderosa. En la ciudad de Zaragoza á 22 dias del mes de abril de 1529 cedió el emperador al rey de Portugal las islas del Maluco por la cantidad de 55,000 ducados de oro, que valieran en Castilla 563 maravedis cada ducado: acto que si por un lado declara el innegable derecho de la España á aquellas islas, manifiesta por otro que, como dice el cronista Antonio de Herrera, ni uno ni otro soberano entendieron lo que daban ni tomaban.

Sin embargo, la posteridad ha hecho justicia al arriesgado navegante. En 1671 don Pedro de Echave y Asu mandó poner en su sepultura una losa con inscripcion honorífica. La sepultura se encuentra en la iglesia de San Salvador de Guetaria, la losa es de piedra arenisca y la inscripcion, copiada literalmente, dice así:

*Esta es la sepultura del insigne capitan Juan Sebastian del Cano (N) vecino y natural de esta N. y L. villa de Guetaria, que fué el primero que dió la vuelta al mundo con el navio la Victoria; y en memoria de este héroe animoso mandó poner esta losa D. Pedro de Echave y Asu, caballero del orden de Calatraba, año de 1671. RUEGÜEN Á DIOS POR EL PRIMUS CIRCUNDISTI ME.*

Don Manuel de Agote, natural también de Guetaria, le dedicó una estatua de mármol que trabajó don Monso Bergaz, escultor de cámara de S. M. y director de la Academia de San Fernando, y fué colocada á la entrada del pueblo en la plaza pública el año de 1800, sobre un pedestal tambien de mármoles con adornos é inscripciones en latin, castellano y vascuence, que explicaban en compendio aquella hazaña memorable. Las inscripciones á una con el pedestal desaparecieron durante la última guerra civil, habiéndose salvado la estatua, aunque con notables averías, que hoy se encuentra colocada sobre la puerta principal que tiene la muralla del pueblo por la parte de tierra. Finalmente la casa en que nació Juan Sebastian del Cano, en la plaza, se convirtió en una ermita consagrada á Santa Maria Magdalena, patrona de Guetaria.

## AYER, HOY Y MAÑANA.

0

### LA LÁ. EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD.

#### CUADROS SOCIALES

### DE 1800, 1850 Y 1899.

DIBUJADOS A LA PLUMA.

#### POR DON ANTONIO FLORES.

Con este título está publicando el señor Flores, una serie de cuadros de costumbres que han llamado justamente la atención del público. Pronto haremos un detenido analisis de esta nueva produccion del señor Flores; pero mientras tanto llega este momento, no será ocioso que demos en nuestro periódico una muestra de tan recomendable libro, insertando á continuacion el cuadro que titula el *Pecado mortal*, al cual acompañamos cuatro grabados, que tambien merecen especial recomendacion.

#### CUADRO VEINTE.

#### El pecado mortal.

Ni el que yo haya podido cometer al empezar la publicacion de esta obra, ni el que tú estés cometiendo al leerla, ni otro alguno, tuyo, mio ni de nadie es el pecado mortal de que voy á hablarte.

Te he dicho antes de ahora, que, con permiso de la Academia por supuesto, hemos convenido en que no sea calvo el pelo, ni rabon el falto de rabo, y ahora te digo, que el pecado mortal de este cuadro, no es ni mortal, ni venial, ni siquiera pecado.

Tómate la pena de seguir leyendo si quieres que te pase el susto, y... figúrate que es de noche.

Ni es la primera vez que te lo has figurado, ni será la última. En la época de que te hablamos nada mas fácil de figurar que la noche.

Tenian tantas, que era difícil marchar por ninguna parte sin tropezar con alguna.

La primera, la mas importante de todas, era la *noche de los tiempos*. En ella se les habían perdido los primeros rudimentos de las ciencias, de las letras y de las artes.

La medicina, arrullada en los brazos del empirismo y de la preocupacion, dormia un sueño profundo en una noche eterna.

La quimica era un feto, que los teólogos no querian declarar *viable*, y que asustado por la alarma que inspiraba su venida al mundo, apenas se atrevia á dar señales de vida, y seguia perdido en la noche de los tiempos.

Guardaba en sus entrañas las artes mas preciosas, y los conocimientos mas útiles á la economía animal, á las cien-

(1) De tres maneras se encuentra escrito este apellido, y son: del Cano, Delcano y de Elcano. En esta biografía se ha preterido la primera por ser la del *fac-simile* de la firma de Juan Sebastian, sacado de su testamento original, y la que se observa en la mayor parte de los documentos, cédulas y reales órdenes que se refieren á este marino.

cias, y á la industria, y una noche, al parecer eterna, velaba su pasado y su porvenir.

Las letras roncaban á pierna suelta, olvidadas de sus antiguas glorias, y el velo de la ignorancia colgado en la ventana de su dormitorio, no les dejaba ver el claro día que iba á brillar muy pronto en su horizonte.

Viejos pergaminos guardaban las mas brillantes páginas de nuestra historia, que asimismo perdida en la noche de los tiempos, al buscar la luz de la publicidad, tropezaba en las redes del Santo Oficio, y quedaba presa en sus impenetrables archivos.

Era, en suma, noche y noche muy oscura, la que vivian todos los conocimientos del saber humano.

Los pesados cerrojos de la ignorancia habían hecho impracticables los balcones de la inteligencia, y las pocas luces que pretendian alumbrar aquella noche eterna, eran apagadas por el viento de la preocupacion y del fanatismo.

Ráfagas de luz consoladoras, aparecian de vez en cuando en el horizonte, precursoras del día que iba á rayar muy pronto, pero los que le aguardaban con impaciencia no le veian llegar jamás, ni aun le han visto lucir por completo.

La antorcha de la civilizacion no arde en un solo día, ni de un solo golpe. Su luz en cambio, es tan duradera que no se apaga nunca. Se oculta como la del sol, breves momentos, pero vuelve á aparecer cada vez mas brillante y mas pura, y es como aquella inextinguible, eterna.

Los hombres de AYER apenas la vieron, los de HOY caen deslumbrados al mirarla, los de MAÑANA perecerán cuando dejen de verla.

La noche de los tiempos ha muerto, y los muertos no resucitan.

Del archivo de lo pasado suele la moda sacar algunos trastos viejos, que venden por nuevos, y que halagan mientras no enseñan su partida de bautismo, pero que luego son arrojados con desprecio, con risa y con sarcasmo.

Es demasiado lozana y jóven la primavera para que pueda viajar en compañía del achacoso invierno.

Cuando pasa el huracan tronchando los árboles mas corpulentos, la tierra queda riendo de su impotente furor, y se cubre de nuevas plantas.

Pero AYER, lector, era invierno y aun no había llegado la primavera de la inteligencia, y si había llegado, no la veian, que es lo cierto, aquellas gentes.

Te he dicho que la noche era eterna, y lo era. No tienes que hacerte grande violencia para figurártela.

Elegiremos, sin embargo, una de verano á las nueve, y en la capital de la monarquía.

Reina una calma completa, y un silencio profundo. El silencio y la calma, eran síntomas constantes del estado anormal de la poblacion.

No se oye mas ruido que el desapacible canto del grillo, el rascar de la guitarra con que el barbero entretiene el sueño, estudiando la contradanza de los Guardias de Corps, las pisadas de la poca gente que transita por la calle, y acaso el murmullo de los tertulianos que tiene sentados el librero á la puerta de su tienda, o el cerero á la de la suya.

En la de este último hay dos ó tres capellanes, el sacristan de la parroquia, y algun criado de palacio; todos parroquianos de importancia, grandes consumidores de luces. Y sin embargo, están á oscuras, por lo poco que alumbran las de la calle, y porque el velon que arde en la tienda, está oculto detrás de la puerta.

El que luce en la librería tiene por pantalla un libro, y tampoco alumbrá á la librería, ni á sus constantes tertulianos el consejero de Castilla, el covachuelista, el erudito y un par de abates.

Tambien á la puerta de la botica hay tertulia, pero están completamente á oscuras, porque el boticario, tiene tanta práctica, que despacha á oscuras cualquier medicamento que le pidan, sin equivocarse por supuesto, y si se equivoca... pero no hay cuidado, él responde. Y así se lo dice á la boticaria, al médico, al cirujano y á un capitan de Guardias que son sus tertulianos constantes.

Como la calma de la atmósfera es grande, no es el silencio pequeño, y mas convida á dormir que á estar despierto.

No tienen tampoco grandes pastos las conversaciones, y á no darse tambien un atracon de malilla ó de mediator, y pasarse la noche jugando, no tienen mas remedio que pasarla durmiendo.

Por eso ronca la boticaria y la librería, sin que lo adviertan ni el erudito, ni el médico, ni el abate, que suelen hacer lo propio, y todos duermen en paz y en gracia de Dios, en la corte del señor don Carlos IV, rey de España y de las Indias por la gracia de Dios.

Los balcones están abiertos, convidando al viento á que pase adelante, pero no arrojan luz alguna, salvos los casos en que la arrojan toda, sacando á relucir los velones si el Viático acierta á pasar por la calle. En cuyo caso tambien el boticario, que despacha á oscuras las medicinas del cuerpo, saca el velon para alumbrar al sacerdote que va á administrar la medicina del alma.

Pero no acontece que pase el Viático esa noche, al menos á la hora de que hablamos, y todo sigue en calma hasta que, de repente, se oye á lo lejos un eco desagradable y lúgubre que interrumpe breves momentos el silencio, para tornarle luego mas grave y profundo.

La boticaria se despierta asustada y da un brinco en la silla; el médico se levanta precipitado y abandona la tertulia sin despedirse de nadie: el capitan de Guardias se pone pálido, y el boticario siente que la lengua se le pega al paladar.

Los tertulianos de la cerería tampoco siguen durmiendo, despues de sonar aquel extraño rumor; pero los curas no dan señales de susto, y el sacristan dice riendo:

—Ya viene el espanta-muchachos.

Vuélvese á oír el eco mas prolongado que antes, y percibiéndose clara y distintamente que le producía una voz desagradable y bronca que cantaba algo melancólica y lúgubre.

Vuélvese asimismo á estremecer la boticaria, á palidecer el soldado y á quedar sin aliento el boticario, sintiendo todas las gentes que van por la calle un sudor frio que les hiela el alma.

Ciérranse de repente todos los balcones, y corren á esconderse asustados los chiquillos que jugaban á la puerta de las tiendas.

—¿Qué viene el pecado mortal! les gritan sus padres. Y los niños meten la cabeza entre los hombros y van corriendo á ocultarse debajo de las camas y de las mesas.



Y todo permanece en el mas profundo silencio hasta que al extremo de la calle se descubren dos luces que avanzan lentamente y á compás, cada una por distinta acera.

Páranse de repente la una frente de la otra, y entonces se oye una voz melancólica y lúgubre que canta estas palabras:

*Para hacer bien, y decir misas por la conversion de los que están en pecado mortal.*

Y á esa demanda contesta otra voz cantando con tono, mas melancólico aun que la primera, lo siguiente:

«De parte de Dios te aviso  
que trates de confesarte  
si no quieres condenarte!!!»

A lo cual replica del mismo modo la voz primera:

«¡Con una culpa que calles,  
aunque digas un millon,  
no habrá para tí perdon!!!»

Entonces se abren algunas ventanas, y caen al suelo algunas monedas envueltas en papeles, los cuales, cayendo encendidos, se veían con facilidad.

Si alguna vez sucedía que el papel se apagaba, ó que los hombres que llevaban las luces habían ya pasado, cuando se asomaba al balcon la criada que arrojaba la limosna, se volvía á su ama diciéndola:

—Señora, ya van muy lejos.  
—No importa, replicaba el ama, echa los cuartos.  
—Si ya los he echado, pero no los ven.  
—Pues llámalos, demonio, no seas torpe.  
Y el demonio se asomaba desaforado gaitando:  
—¡Eh!... ¡eh!... *pecado mortal*, venga vd. acá.  
El pecado mortal alzaba la cabeza, y á fuerza de es-



plicaciones, ayudado por su linterna, lograba encontrar la limosna que le había arrojado el demonio.

El boticario y el cerero acudían á sus respectivos capones para dar una limosna al pecado mortal que los saludaba y seguía adelante, parándose de vez en cuando á pedir en voz alta que *hiciesen bien por la conversion de los que están en pecado mortal*.

La boticaria toda asustada y temblorosa, prepara una limosna de su bolsillo particular, y se acerca con recelo á uno de los pecados mortales, diciéndole al dársele: que *eché una saeta*. Y el pecado mortal canta la siguiente:

«Cuántos hay en el infierno  
por una culpa no mas,  
tú con tantas, ¿dónde irás?»

A cuya copla responde su compañero con esta otra:

«Hombre que estás en pecado  
si en esta noche murieras,  
piensa bien á dónde fueras.»

Sucedía muchas veces que las saetas iban á dar en la parte mas flaca del vecindario, y no parecia sino que el saetero sabia donde vivia un tramposo, cuando, precisamente á la puerta de su casa, cantaba esta u otra copla parecida:

«Restituye y paga luego  
que una mortaja, y no mas  
de este mundo sacarás.»

Ó bien que al oido le decían que allí estaba cenando algun gloton, y por eso le echaba esta saeta.

«La gula engruesa los cuerpos  
con sus regalos profanos,  
para cebo de gusanos.»



Contestando su compañero con esta otra:

«A la embriaguez se sigue  
la privacion del sentido,  
si así mueres, vas perdido.»

Ó cuando frente á la casa del usurero, precisamente á la hora en que él apilaba sus onzas de oro, le echaban esta otra:

«Por mas que el tesoro guardes  
avariiento, ha de llegar  
la muerte, y te ha de robar.»

El jugador era el que salia mejor librado, porque aunque le decían:

«El vicio del juego es  
origen de muchos vicios,  
que arrastra á mil precipicios.»

Le añadían esta otra:

«El que juega va á esponderse,  
como no juegue con tasa,  
á perder su alma y su casa.»

Y como no hay nadie que no crea hacerlo todo con tasa y moderacion, viendo el jugador que solo era pecado mortal el jugar mucho, se consolaba creyendo que él jugaba poco.

Los *pecados mortales*, que así llamaba el vulgo á los que, del modo que queda dicho, corrian todas las noches las calles de la capital, eran los individuos de la real hermandad de Maria Santísima de la Esperanza.

Aunque personas, en su mayor parte, de las mas distinguidas de la sociedad, no se desdeñaba ninguno de ellos de sa-



lir á rondar por las noches con su linterna y su bolsa de cuero, y esta práctica era precisamente una de las mas im-

portantes de la hermandad. Porque, como dicen sus constituciones, el principal objeto es, retraer á las almas de la culpa, y sacar á otras del abismo de ellas; para lo cual se dispuso (es el reglamento el que habla), con el mejor acierto, que los señores hermanos echasen algunas saetas que *en verso breve encerrasen un aviso moral*, capaz de despertar á los pecadores del sueño del vicio. «El silencio de la noche, dice el citado libro, tal vez su oscuridad (no se conocia entonces, ni la luz de gas, ni la chispa eléctrica) y lo solitario de algunos barrios, proporciona al vicioso el logro de sus malos deseos; y ¿quien sabe si en aquel momento una voz firme y sonora que pronuncie este aviso moral, penetrará el corazon de aquel infeliz, y le hará retraer de su mal intento? ¿Quien sabe si Dios se valdrá del débil instrumento de nuestros hermanos para la salvacion de los otros? Por eso es muy conveniente y se practicará como hasta aqui, mediante no se ignora que se han logrado admirables efectos.»

La boticaria por de contado, la noche que pasaba el pecado mortal por la puerta de su casa, dormía mal ó no dormía, y estaba deseando que amaneciera para ir á la iglesia.

De lo cual, y por eso dice el refran, que no hay mal que por bien no venga, no se alegraban gran cosa los practicantes, entonces *mancebos* de la botica, porque á buen seguro que si el ama habia oido la saeta de la gula, les hacia ayunar por fuerza.

Tambien el cerero y hasta la librera, que por razon de oficio podia ser algo mas dura de corazon, todos temblaban mas ó menos, al oír las voces de los hermanos de la Esperanza; y en cuanto á los muchachos no quedaba uno solo en pie, apenas se oía en la calle la voz del pecado mortal.

Durándoles tanto el miedo, que si al día siguiente no querian ir á la escuela, bastaba que su madre les dijera



que á la noche se lo diria al pecado mortal, para que obedeciesen como corderos.

Por eso el sacristan tenia razon al llamarlos espantamuchachos, porque era tal el miedo de estos, que aun cuando no pasase nadie por la calle de día y de noche, se asomaban sus madres al balcon y decían:

—Pecado mortal, llévase vd. á este chico.

No era, sin embargo, esa mision la única que desempeñaba la hermandad, y aunque su objeto principal era la salvacion de las almas, atendía no poco á la de los cuerpos, asistiendo gratuitamente á los enfermos, pagando las dispensas de parentesco en los matrimonios, regalando bulas de la Santa Cruzada á los pobres, y sobre todo, recogiendo mugeres para evitarles (asi lo decían los estatutos) la mala nota publica.

Pero como una de las primeras cláusulas y preceptos de la hermandad de la Esperanza, es el secreto en todos sus actos, ni sabemos ni diríamos aunque supiéramos, una sola palabra mas de lo que queda dicho.

Bastará añadir que la casa principal de la hermandad, conocida con el nombre de Pecado mortal, sigue hoy cerrada como lo estaba entonces, sin que las gentes del barrio recuerden haberla visto abrir jamás.

Y, sin embargo, se abre, y entran y salen las gentes, y allí viven algunas y no todas están en pecado mortal; y en suma: no te pese, lector, no haber vivido ajen, porque hoy aun existe esa hermandad, y aun puedes verla. No en la calle, porque ya se acabaron las limosnas y las saetas; pero, si algo te ocurre aun tienes á la puerta de esa casa, sita en la calle del Rosal, un cepillo á donde se echan *los memoriales de los que están en pecado mortal*.

Para que te parezca venial el que he cometido al escribir este cuadro, dále ahora mismo por terminado, y prepárate á abandonar la corte en el inmediato.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.